

MARÍA DEL ESPÍRITU SANTO
SANTIAGO DELGADO

la reparación



EDAPOR

LA REPARACIÓN

En las Encíclicas:

«MISERENTISSIMUS REDEMPTOR» (PÍO XI, 8-V-1928),

«HAURIETIS AQUAS» (PÍO XII, 15-5-1956),

«MYSTICI CORPORIS» (PÍO XII, 29-VI-1943).

LA REPARACIÓN

En las Encíclicas:

«MISERENTISSIMUS REDEMPTOR» (PÍO XI, 8-V-1928),

«HAURIETIS AQUAS» (PÍO XII, 15-5-1956),

«MYSTICI CORPORIS» (PÍO XII, 29-VI-1943).

TEXTOS Y COMENTARIOS
DE TEÓLOGOS Y ESPECIALISTAS

Recopilados y organizados por:

MARÍA DEL ESPÍRITU SANTO
SANTIAGO DELGADO

1996
EDITORIAL EDAPOR
MADRID

tesis 20 J.R.C.

Con las debidas licencias

Editorial EDAPOR

Núñez de Balboa, 115 • 1º E • 28006 MADRID

I. S. B. N.: 84-85662-88-1

Depósito Legal: M- 36571-96

Printed in Spain

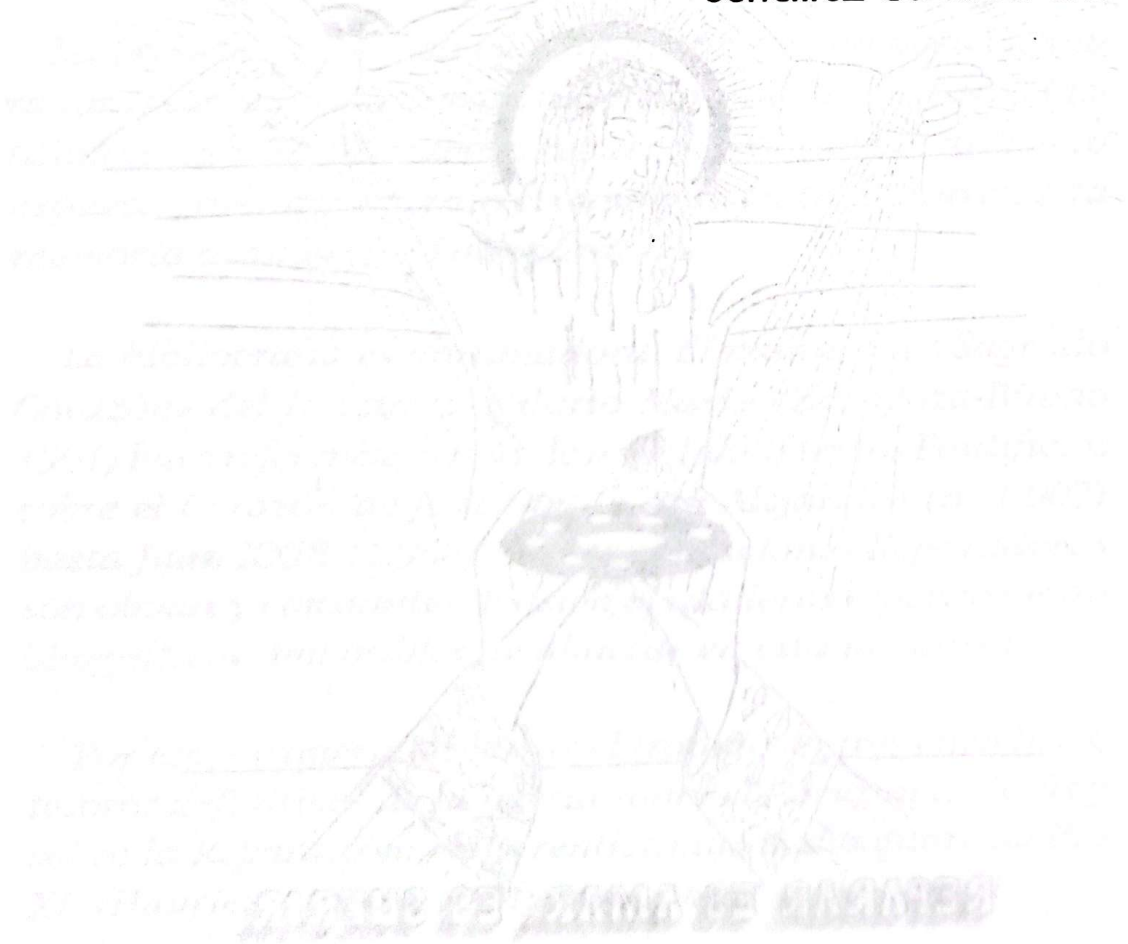
Impreso en España

Composición: D. G. Gallego y Asociados S. L.

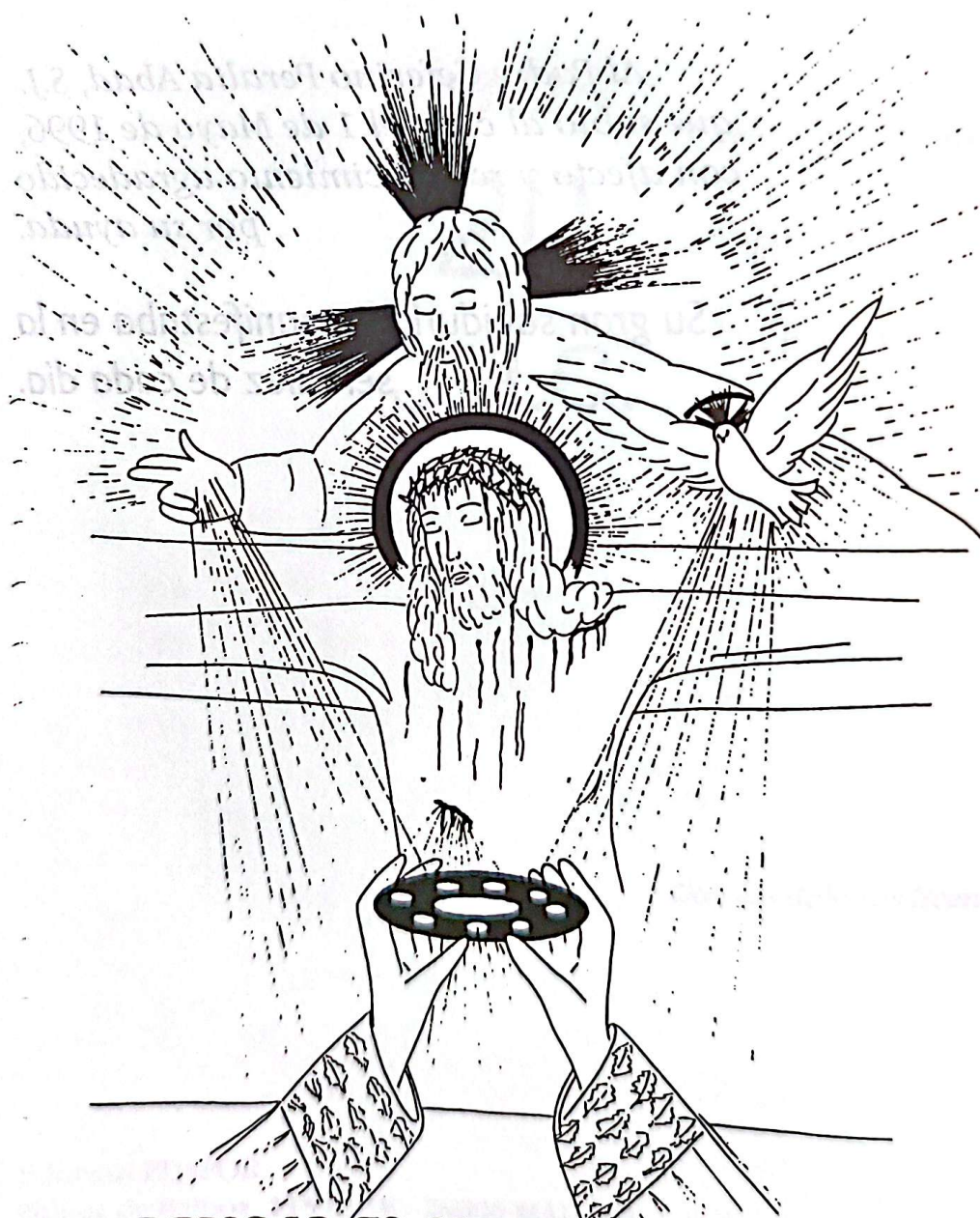
Imprime: Gráficas Don Bosco.

*Al Padre Ceferino Peralta Abad, S.J.
que subió al cielo el 1 de Mayo de 1996,
con afecto y reconocimiento agradecido
por su ayuda.*

*Su gran sabiduría la manifestaba en la
sencillez de cada día.*



El presente libro, en su origen una memoria académica,
no quiere ser otra cosa que una recopilación de trabajos de
los alumnos de la asignatura de Historia de la Religión en la
Universidad de Valencia.



REPARAR ES AMAR. ES SUFRIR.

Impreso en España
Compañía: H. G. Gallego y Asociados S. L.
Imprenta: Gráficas Don Bosco.

PRESENTACIÓN

Un doble recorrido, de los Anuarios Pontificios, por una parte, y del Catecismo de la Iglesia Católica por otra, nos pone claramente ante los ojos otra doble realidad: la numerosa serie de Institutos religiosos marcados por el carisma de la Reparación, y el amplísimo número de artículos y referencias del Catecismo al Corazón de Jesús.

La profesión religiosa en el Instituto de Religiosas Reparadoras del Sagrado Corazón, y las prolongadas horas instituidas para la adoración reparadora ante el Santísimo expuesto, me han sugerido el tema y su tratamiento en esta memoria académica: La reparación.

La bibliografía es abrumadora. El manual «El Sagrado Corazón» del Jesuita C. Hilario Marín (Zaragoza-Bilbao 1961) hace referencia a más de mil (1.008) textos Pontificios sobre el Corazón de Jesús desde san Alejandro (a. 1.007) hasta Juan XXIII (1.958). Las connotaciones Reparadoras son obvias y constantes. Existen verdaderos repertorios bibliográficos, imposibles de abarcar en esta memoria.

Por eso, he querido centrar el trabajo en tres encíclicas, tesoros definitivos de la Iglesia sobre el Corazón de Jesús y sobre la Reparación: «Misericordissimus Redemptor» de Pío XI, «Haurietis Aquas» y «Mystici Corporis» de Pío XII.

El presente libro, en su origen una memoria académica, no quiere ser otra cosa que una recopilación de textos elegidos de Teólogos y Especialistas en esta materia de la Reparación.

Yo me he ceñido a seleccionarlos y organizarlos en torno a la temática de los diversos capítulos.

Esta es la dinámica seguida, aunque, por razones de facilidad en la redacción, he prescindido del entrecomillado. Pero las referencias y notas van suficientemente indicadas al pie de página.

Finalmente, y a modo de Epílogo, he querido añadir unas palabras, siguiendo a Juan Pablo II, sobre el Apostolado de la Oración, espiritualidad imbuida toda ella del culto y reparación al Sagrado Corazón de Jesús. El Santo Padre y también el P. Kolvenbach (Director General del A.O.) nos señalan el sentido que ha de tener hoy «la verdadera reparación».

He de dar las gracias cordialmente al director de esta memoria Dr. Don Juan de Sabagún Lucas Hernández, cuyo magisterio ha guiado mi trabajo.

Al cumplirse el centenario (1896-1996) de la fundación del Instituto de las Religiosas Reparadoras del Sagrado Corazón me siento gratamente obligada a dedicar esta memoria a la de nuestra querida Madre Fundadora, Rosa Mercedes de Castañeda y Coello (Teresa del Sagrado Corazón).

CAPITULO I

NATURALEZA DE LA REPARACIÓN

A) EL LENGUAJE HUMANO CRISTIANO

El lenguaje humano no conoce otra palabra más primitiva y universal que la de «hacer», «preparar». Lo que ha sido hecho o preparado se deshace o viene deshecho. Entonces es necesario, cuando es posible, rehacerlo o repararlo.

La fe cristiana presenta, como categoría fundamental, la «caída» del hombre en Adán (Rm 5,15) y su «rehacerse» (restauración) en Cristo¹.

En el lenguaje cristiano se utiliza el término «reparar» para indicar la participación del cristiano en la obra redentora de Cristo, como expiación del pecado (aspecto negativo) o como restauración o renovación de la obra de Dios en nosotros y en los demás cristianos (aspecto positivo).

Siempre está la consideración del pecado como ofensa a Dios, que ha estropeado su obra, obstaculizando la difusión de su amor en el mundo, y que es necesario «reparar»². Por consiguiente vemos cómo por el pecado se hace necesaria la «reparación».

El tema de este nuestro estudio es la dimensión reparadora en el culto al Sagrado Corazón. El término «reparación» tiene, en este contexto, un sentido particular; significa aquel «rehacer» del que nos hablan los Padres de la Igle-

¹ J. SOLANO, Desarrollo histórico de la reparación, en el culto al Corazón de Jesús, C. d. C., Roma 1980, 15.

² C. E. ANCILLI, Diccionario de espiritualidad III, Herder, Barcelona 1984, 279-281.

sia, indicando directamente una restauración del mal causado por el pecado **en relación a Dios y a Cristo**, de donde viene la gravedad del pecado y su fuerza de destrucción con respecto al género humano.

No es tarea nuestra explicar ahora a la luz de la fe cristiana cómo el pecado es mal para Dios. Nos interesa, más bien, reafirmar cómo la fe no presenta solamente el hecho del pecado y la necesidad del arrepentimiento por parte del pecador, sino además enseña al mismo tiempo que el verdadero arrepentimiento lleva consigo una acción posterior contraria al pecado ..., es decir, una «reparación» del pecado con respecto a Dios³.

El término «reparar» no se encuentra en la Biblia, pero sí está su contenido expresado con imágenes diversas. Veamos algunas de estas expresiones más significativas:

- Expiación.
- Redención.
- Satisfacción.
- Reconciliación.
- Restauración.

El texto siguiente de San Juan encierra estos significados: «Sabéis que apareció para destruir el pecado y que en Él no hay pecado» (1 Jn. 3, 5). Significa esto que la vida de Cristo no tendría ningún significado si le quitáramos su finalidad reparadora⁴.

B) EL PROBLEMA TERMINOLÓGICO DE LA «REPARACIÓN»

El contenido de la «reparación» es profundamente bíblico y patrístico, antes que teológico; más aún, es uno de los rasgos típicos y específicos del cristianismo.

³ J. SOLANO, o. c., 16-17.

⁴ A. PELLÍN, Vida de Reparación, El Reino, Madrid 1966, 41-44.

Este mismo término aparece en los primeros siglos de la era cristiana. Hay, sin embargo, un paso extremadamente interesante de significado, o mejor, de **sujeto reparado**.

Los textos de la época patrística nos hablan de la **naturaleza humana reparada**, o también de los **hombres reparados**. Cristo es el **reparador**. En cambio, en el culto al Sagrado Corazón, **Dios y Cristo son los «reparados»**, mientras que el hombre es quien «repara».

¿Cuándo y cómo ha tenido lugar este cambio radical de horizontes en el término «reparar»?

De momento no se puede ofrecer una respuesta exacta. Sin embargo, hay que recalcar el hecho de que no solamente en la época patrística, sino también en la perspectiva teológica de Santo Tomás de Aquino aparecen Dios y Cristo como reparadores del hombre y no el hombre como sujeto activo de reparación en relación a Dios y a Cristo. Santo Tomás usa muchísimas veces el término «reparar», como aparece claramente en el reciente **Index Thomisticus**⁵; sin embargo no se encuentra un solo texto en el cual Dios o Cristo sean **sujeto pasivo** de la «reparación». Por eso queda abierta la cuestión acerca del origen de esta tan noble evolución semántica y teológica.

Con esta pista interesante, en esta evolución, se puede citar la concepción caballeresca, según la cual el caballero se convertía en «defensor» de las iglesias, como leemos en la literatura de principios del siglo XI, o de la «Santa Iglesia de Dios», como dirá el Pontifical, según un manuscrito del siglo XIII.

En este último manuscrito se lee cómo al caballero le era ordenado: «Desolata restaures, restaurata conserves»⁶. El hombre se convierte en «defensor», «restaurador» (reparador) de la misma Iglesia. ¿No se abre el camino, se pregunta

⁵ R. BUSA, *Index Thomisticus*, vol. 19, Stuttgart 1975, citado por J. Solano, o. c., 20.

⁶ L. GAUTIER, *La Chevalerie*, c. 8, IX: V. Palmé, París, 1884, 286-306, citado por J. Solano, o. c., 20.

el Padre Solano, de defender y reparar la Iglesia de Dios y de Cristo a defender y reparar a Cristo?⁷

Es también interesante el texto tan divulgado por San Buenaventura (siglo XIII), en el que se describe la petición hecha por el mismo Señor crucificado a San Francisco de Asís: «Francisco, ve y “repara” mi Iglesia, que, como ves, está en ruinas». San Buenaventura aclara diciendo que «la palabra divina se refiere principalmente a aquella Iglesia, que Cristo compró con su sangre (Hch 20,28)⁸».

Es el culto al Sagrado Corazón de Jesús el que ha contribuido a presentar el amor infinito de Dios hacia el hombre con tanta misericordia y verdad que se presenta necesitado del amor humano.

Esto se ha realizado en Cristo, quien no sólo está cercano a nosotros por su humanidad, sino que también sufre por nuestro amor, y, por consiguiente, es sujeto capaz de recibir nuestra compasión y nuestro consuelo⁹.

Por este acercamiento de Dios al hombre se establece un diálogo en que ya no es posible prescindir de la idea de «reparar».

¿Cómo se ha incorporado esta idea y este espíritu de reparación a nuestro culto? No cabe duda de que siempre existió; aunque no siempre se manifieste igual.

A medida que se va entrando cada vez más en el misterio redentor de Cristo, en sus padecimientos, surge el contemplar a Cristo doliente, y de aquí a la compasión de los mismos y a la expiación de sus causas.

Esta espiritualidad ya se encontraba en los místicos de la Edad Media, pero adquiere mayor importancia después de las apariciones de Paray-le-Monial.

Pío XII en *Haurietis Aquas* n. 44 nos dirá:

⁷ J. SOLANO, o.c., 18-20.

⁸ Fonti francescane, vol. I, sec. 2ª, Leggenda Maggiore... c. 2: Movimento Francescano, Assisi 1977, 845.

⁹ J. SOLANO, o.c., 21.

«Pero entre todos los promotores de este nobilísimo género de religión merece sin duda, el puesto principal Santa Margarita María de Alacoque... consiguió que este culto adquiriese un gran desarrollo, en las formas de amor y reparación; diferenciándolo de las demás formas de la piedad cristiana».

Reparación y culto al Sagrado Corazón de Jesús son y serán siempre dos cosas sustancialmente e inseparablemente unidas. Así lo afirmará la Liturgia, el Magisterio, la Teología, las Asociaciones esparcidas por el mundo, como lo demuestra A. Pellín¹⁰.

¹⁰ A. PELLÍN, o. c., 29-31.

CAPÍTULO II

PROCESO HISTÓRICO DE LA REPARACIÓN

Se puede decir que la reparación como tal empezó en el momento en que el hombre sintió el peso del pecado y experimentó la necesidad de expiar su culpa. Así se explica la presencia de sacrificios y holocaustos propiciatorios entre los pueblos antiguos. Estos sacrificios, generalmente cruentos, manifiestan la total dependencia de Dios y la intención de aplacar a la divinidad ofendida. Así lo ha reconocido el Papa Pío XI:

«Ya desde el principio, los hombres, en cierto modo, reconocieron el deber de aquella común expiación y comenzaron a practicarlo, o guiados de cierto natural sentido, aplacando a Dios con sacrificios, aun públicos»¹¹.

Haciendo un recorrido desde los tiempos más antiguos (por Malaca, África, Grecia, Babilonia, Asia...) se desprende en general «la existencia de sacrificios expiatorios con el fin de reparar por los pecados». Lo que impulsa a estos pueblos a la reparación es más bien el temor que el amor¹².

Las primeras almas Reparadoras hay que buscarlas en el Evangelio, pero como punto de partida considerar a Cristo en primer lugar.

El sacrificio redentor de Cristo repara definitivamente el pecado del hombre y se presenta como el verdadero y perfecto reparador, como vimos en el capítulo anterior. Desde

¹¹ Miserentissimus Redemptor, n. 21.

¹² A. PELLÍN, o. c., 75.

el principio, Jesucristo consideró y anunció su muerte como parte esencial de su obra mesiánica.

Su anuncio lo hace de forma progresiva, primero verbalmente y por medio de alusiones; luego se va perfilando cada vez más. Al fin resulta tan claro que llega a impresionar a los mismos Apóstoles.

Como objetivo especial de su muerte, señala el perdón de los pecados y la vida del mundo.

La muerte de Cristo reviste un carácter de verdadero sacrificio... Y el motivo de su muerte es el amor. Cristo, en nombre de la humanidad pecadora, restituye al Padre el amor y la gloria que se le debe.

El precio de nuestra reconciliación era la misma sangre de Cristo ofrecido a Dios.

La reparación es vista en los Evangelios como obra de Dios y de su voluntad salvífica especialmente en la persona de su Hijo. Dios inicia el proceso de la reconciliación en Cristo, que sigue su voluntad con una obediencia llena de amor. De este modo destruye las barreras que separan al hombre del Padre, dando origen consigo mismo a una nueva creación y restableciendo la paz mediante su sangre (Ef 5,2), (Ga 3,13), (Rm 4,25)¹³.

Pero Dios Nuestro Señor quiso servirse de nosotros para llevar a cabo la redención y salvación del género humano, empleándonos como causas segundas para llevar sus planes.

Fue de la Virgen María de quien se sirvió de modo singular, asociándola al supremo oficio de reparadora en unión con El. «Por su misteriosa unión con Cristo y por una gracia singular, María fue elevada a la honra de ser Reparadora y recibe con justicia este nombre»¹⁴.

De la reparación del hombre realizada por Dios pasamos a la reparación de Dios realizada por el hombre. Cristo, que sufre en la cruz por los pecados del mundo, es quien se

¹³ Ibid., 134-135.

¹⁴ Miserentissimus Redemptor, n. 56.

queja por no recibir consuelo. Se trata de un sufrimiento, de una espera de reparación.

La reparación, por tanto, no es sólo obra de Jesucristo y su madre María, sino que la ha de vivir todo cristiano, como expresamente lo indica el Papa Pío XI:

«El deber de expiación incumbe a todo el género humano... ya que de la tarea del misterioso sacerdocio de Cristo, de la satisfacción del sacrificio, no participan solamente los sacerdotes, mas también todo el pueblo cristiano que con derecho se llama «raza escogida, sacerdocio real»; porque sea por sí mismo, sea por el género humano, en expiación de los pecados de los fieles deben concurrir a esta obligación, casi de la misma manera con que el Pontífice es escogido entre los hombres para los hombres en lo que concierne a las cosas de Dios»¹⁵.

La redención objetiva del Señor se vuelve redención subjetiva por parte del cristiano, en el sentido en que reconoce conscientemente su ofensa y pretende borrarla mediante actos contrarios, por acciones amorosas.

Que el Padre haya querido estos sufrimientos inmensos de Cristo en expiación por los pecados del hombre lleva consigo que estos padecimientos valen delante del Padre o bien que le son gratos como reparación por los pecados. Este es el elemento de la reparación en la cual Dios es sujeto también pasivo, es decir Dios es reparado por Cristo.

Uno de los fragmentos más célebres de **San Juan Crisóstomo** presenta como «víctima de expiación» el corazón de San Pablo en relación con el Corazón de Cristo precisamente por su identificación con este Corazón¹⁶.

¹⁵ Ibid., 20 y 26.

¹⁶ J. SOLANO, o. c., 47.

San Cipriano de Cartago (siglo III) tiene estas palabras, cuando habla a los cristianos como de aquellos «reparados» que, por el nuevo nacimiento de la gracia espiritual comienzan a ser hijos de Dios¹⁷.

Es también **San Ambrosio** uno de los primeros que usan el término reparar cuando dice: «Feliz caída que encuentra una 'reparación' mucho más bella...»¹⁸.

San Agustín nos ofrece un precioso texto mariano: «Ya que el hombre cayó por una mujer, el hombre ha sido «reparado» por una mujer»¹⁹. También en otro de sus escritos nos dice: «La naturaleza es reparada por la gracia»²⁰.

San León Magno añade: «Cotidianamente nos «repara» la gracia del Salvador, ya que la causa de nuestra reparación no es otra que la misericordia de Dios a quien nosotros no amaríamos si antes El no nos hubiera amado, y con su luz no hubiera hecho desaparecer las tinieblas»²¹.

San Máximo, obispo de Turín (+ c. 420) dice de Cristo: «Este es el nuevo sol, que con su espíritu da vida a lo que estaba muerto, y repara (restablece) lo corrompido, y resuscita lo que estaba muerto»²².

«Quienes caímos del primer destino por nuestros propios vicios, en el segundo nacimiento seamos renovados (reparados) por la misericordia de este alfarero»²³.

En la época patrística la «reparación» aparece con carácter social, obra de toda la Iglesia.

En la Edad Media surge una gran floración de monasterios que unen sus vidas sacrificadas en la plegaria, contrastando con la indiferencia y mediocridad de tantos que se

¹⁷ SAN CIPRIANO, De dominica oratione.10, B.A.C., Madrid 1964, 203.

¹⁸ S. AMBROSIO, In psalmo 39,20 en Comenti a dodicci salmi IV/II, Ed. Citta Nuova, Roma 1980.

¹⁹ S. AGUSTÍN, Sermones 232,2,2, B.A.C., Madrid 1958, 292.

²⁰ Ibid., De spiritu et littera, 27, 47, B.A.C., Madrid 1949, 767.

²¹ LEÓN MAGNO, Sermones, 21, 1, B.A.C., Madrid 1969,45.

²² Sermones, 62, lin. 59-60; CC 23, 262; ML 57,539 C, citado por J. Solano, o.c., 16.

²³ Sermones, 59, lin. 50-52: CC 23, 237; ML 57,338 A,ibid., 59, lin. 77-80: CC 23,238; ML 57,338, C, citado por J. Solano, o.c.,16.

profesaban cristianos. Compensación a la frialdad de los corazones. Esta forma de «reparar» salvó en gran parte a la sociedad de ese tiempo.

Vale mencionar aquí a **santo Domingo y san Francisco**. A este último, el mismo Cristo le dice: «Vete, Francisco, y «repara» mi casa que ves caer en ruinas». Y el joven deja sus vanidades y el mundo para ganar el amor a su Cristo en la cruz y al mundo que se estaba enfriando²⁴.

De aquí se deduce que es en los claustros donde hay que buscar, sobre todo, el filón de la idea «reparadora».

Quizás el rasgo más significativo del paso del amor de compasión a compasión reparadora sea de **san Buenaventura** (siglo XIII) en su **Vida Mística**: «Contempla a Jesús y mira si hay alguien que se entristezca con Él, si se puede hallar quien enjague la sangre que le corre y quien, después de haberlo bajado de la cruz, lo envuelva, no en una sábana de tela, sino en la sábana limpia de su corazón»²⁵. El santo da a entender que con su compasión actual puede aliviar las penas sufridas por Jesús en su Pasión, ya que él se las imagina, en cierto modo, aún presentes²⁶.

Es importante para la teología de la espiritualidad observar que hasta la mitad del siglo VI la representación de Jesús crucificado no es doliente sino triunfante. No era posible durante los primeros siglos representar a Cristo doliente y condenado. Sólo a partir del siglo X la Edad Media meditará en los textos y representará los detalles de la crucifixión. Puede verse en esto un cambio en la sensibilidad cristiana, es decir, una mayor atención a los sufrimientos del Hombre-Dios²⁷.

Santa Lutgarda (1182-1246), primero benedictina y luego cisterciense, se sentirá convertida por Cristo, quien le descubre su pecho y le recomienda que, en adelante, no

²⁴ Citado por A. PELLIN, o. c., 77.

²⁵ Ibid.

²⁶ Ibid.

²⁷ G. DUMEIGE, «El tiempo de los Padres», en *Cor Christi*, I. I. C. J. Bogotá 1980, 23.

busque las caricias de un amor vano. «Mira aquí qué es lo que debes amar y por qué lo debes amar»²⁸.

Siendo benedictina en el monasterio de Saint-Trond, la monja «rústica y sin letras» dice que poco le importa conocer los secretos de la Escritura. «Lo que quiero —le dice a Dios— es vuestro corazón». A lo que el Señor le responde: «Más bien, soy yo quien quiere tu corazón». Dícele ella: «Que así sea, Señor, pero de tal manera que otorguéis a mi corazón el amor de vuestro Corazón y que, en Vos, tenga mi corazón bien resguardado y para siempre a vuestro cuidado». Tuvo lugar, entonces, el **intercambio de corazones** o, mejor, la unión del espíritu increado con el espíritu creado, merced a la excelencia de la gracia.

Posteriormente, al dirigirse al coro para orar por los pecadores, Lutgarda ve aparecérselle el Señor, y desprende uno de sus brazos de la cruz para abrazarla. «La estrecha contra su costado derecho y pone la boca de ella en su herida. «A partir de entonces se siente más fortalecida y más fiel en el servicio de Dios. Saca del Corazón fuerza para orar por los pecadores. Se hace cisterciense, para huir de la dignidad de abadesa; a los veinticuatro años ve a Jesucristo intercediendo ante el Padre por los pecadores. Le dice a ella: «Mira cómo me ofrezco por entero al Padre en favor de mis pecadores. Quiero que tú también te ofrezcas por entero a mí por mis pecadores y que desvíes la cólera que está a punto de tomar venganza de ellos». Casi todos los días, en el sacrificio de la Misa, Jesucristo le repetía lo mismo²⁹.

Esto sucedía cinco siglos antes que tuvieran lugar las revelaciones a Margarita María de Alacoque en Paray-le-Monial.

El Padre Solano recoge los testimonios de tres mujeres eminentemente Reparadoras en la Edad Media, **santa Matilde de Hackeborn (1241-1299)**, **santa Matilde Magdeburgo (+ 1293)** y **santa Gertrudis (1256-1302)**³⁰.

³⁰ J. SOLANO, o. c., 75-83.

²⁸ Ibid., 31.

²⁹ Ibid., 32.

Tres santas del siglo XII con características distintas forman parte de la espiritualidad de la reparación a quienes Cristo les pide unirse a su sufrimiento por la salvación de los hombres. «Mi corazón se complace tanto en Gertrudis, que a menudo, cuando otros me ofenden, busco en ella mi descanso y ella al instante me aplaca y me obliga a perdonar, por amor suyo, a muchísimos pecadores...»³¹.

En la Edad Media sigue lo recibido de la patrística y de los siglos místicos que la precedieron.

La meditación sobre la persona de Cristo, la contemplación de su Pasión y de sus sufrimientos interiores en un ambiente de devoción eucarística creciente, el recurso al Corazón de Jesús en las circunstancias más diversas de la vida cristiana, la propagación de las experiencias místicas, son hechos que atestiguan que la devoción gana terreno en la esfera pública.

Más tarde **santa Catalina de Siena** será un rayo luminoso en las postrimerías del siglo XIV. Posteriormente, en el siglo XV, se percibe una disminución en el impulso de la devoción debido al influjo del progreso del humanismo. Cuando parecía que todo se extinguía, fueron los cartujos, como escritores, traductores e impresores, los que dieron un impulso a la renovación de la devoción. Su esfuerzo no será continuado; fue en el siglo XVII cuando todo renacía³².

San Juan Eudes (1601-1680). En opinión de A. Pellín, este santo fue el primero en pensar que se tributara culto litúrgico a los Santísimos Corazones de Jesús y de María.

Si bien es verdad que el santo insiste particularmente sobre la idea del amor, no faltan en sus escritos alusiones manifiestas a la reparación. Él dice que la «fiesta del Corazón de Jesús ha nacido con el fin de adorarlo, reparar y amar»³³.

«Para honrar debidamente al Corazón de Jesús, debemos

³¹ San Juan Eudes. L. XII, 3 medit, citado por A. PELLÍN, o.c., 80.

³² S. GERTRUDIS: El Heraldo del amor divino IV,26 y «Insinuaciones» I. IV, citado por A. PELLÍN, o. c., 79.

³³ G. DUMEIGE, «El tiempo de los Padres», en Cor Christi, e. c., 38.

adorarlo, darle gracias, reparar, amar y rezar»³⁴. «No hay nada en el mundo que sea tan poco amado, nada que sea tan despreciado y ultrajado..., pero el amor infinito del Corazón de Jesús se basta para reparar todas estas injurias»³⁵. Y acerca del Corazón de Jesús escribe: «El tercer deber es pedir perdón a este benignísimo Corazón, por todos los dolores, tristezas, angustias y martirios tan atroces que ha sufrido por nuestros pecados. Y en reparación ofrecerle todas las satisfacciones y alegrías que le fueron dadas por su Eterno Padre, por su Stma. Madre y por todos los corazones que le aman con ardor y fidelidad»³⁶.

Santa Margarita María de Alacoque. La atención que se prestaba al Corazón de Jesús, se encontraba ya bastante viva en el siglo XVII antes de Santa Margarita María de Alacoque.

Fue de 1673 a 1675 cuando **santa Margarita María de Alacoque** aprendió del mismo Señor cuál era su **misión**. Pero es muy posible que recibiera influencia en las lecturas (posiblemente había leído a San Juan Eudes) en el refectorio, que orientaran su atención al Corazón de Jesús. El 27 de Diciembre de 1673 Nuestro Señor le descubrió «las maravillas de su amor y los secretos inexplicables de su sagrado Corazón»³⁷.

El Papa Pío XII escribe en la **Haurietis Aquas** que:

«Entre las que promovieron la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, ocupa un lugar principalísimo santa Margarita María de Alacoque, la cual, con la ayuda del Beato Claudio de la Colombière, su director espiritual, consiguió, encendida en grandes ansias, que, no

³⁴ Ibid.

³⁵ San Juan Eudes. L. XII, Cap. 2, citado por A. PELLÍN, o.c., 80.

³⁶ Ganderón; EL S. Corazón, p. 64, citado por A. PELLÍN, o.c., 80.

³⁷ M. DENIS, «Los ensayos de los sacerdotes víctimas del Sagrado Corazón en el siglo XIX, en Francia» en Cor Christi, e.c., 66-67.

sin grande admiración de los fieles, se fijase la característica de tal culto, ya tan extendido, y se distinguiese de las demás clases de piedad por las propiedades del amor y de la reparación»³⁸.

Por lo que se refiere a la reparación, es muy válida la observación de la encíclica:

«Las revelaciones con las que fue favorecida Santa Margarita María, no añadieron ninguna verdad nueva a la doctrina católica»³⁹.

Es verdad también que la Santa «con su ardiente celo obtuvo que esta forma de culto... revistiera las características del amor y de la reparación que lo distinguen de las otras formas de piedad cristiana⁴⁰.

Con Margarita María de Alacoque no se inicia, pero sí se acentúa, una corriente de la tradición precedente, en modo nuevo. Introducida por una experiencia mística privilegiada, recibe del Señor un **mensaje** y una **misión** definida: Proclamar al mundo el amor infinito de Jesús mediante el símbolo del Corazón, y de su gran deseo de ver que los hombres honren su amor menospreciado, bajo el símbolo de este Corazón.

El mensaje de las revelaciones, la santa lo narra en cuatro especiales visiones, de las cuales consideramos más importantes en relación con la práctica de la devoción y reparación las dos últimas.

En el año 1674, en esta revelación, el Señor le enseña el espíritu de reparación, se indican algunas devociones en relación con la Eucaristía; especialmente hace referencia a la comunión de los primeros viernes de mes y a la que después será llamada «la hora santa».

³⁸ Haurietis Aquas. n. 44.

³⁹ Ibid., 45.

⁴⁰ Haurietis Aquas. n. 44, citado por J. SOLANO, 54.

En 1675 Margarita María de Alacoque tuvo la «**gran revelación**» hecha por el Señor a la santa, señala una fecha decisiva para el culto al Sagrado Corazón y es de singular importancia por el elemento de la reparación. Nuestro Señor en repetidas ocasiones habla e instruye a Margarita María de Alacoque y le revela las investigables riquezas de su amor y los tesoros de su misericordia.

El Señor se le aparece en múltiples ocasiones en actitud de sufrir y le pide su colaboración, su amor, sus desagravios, su entrega total como víctima.

Los escritos de la santa son una antología de la reparación y su vida, toda una existencia consagrada al triunfo de ese ideal. Su importancia consiste en que Nuestro Señor, manifestando su Corazón Sacratísimo, quiso atraer la atención de los hombres, de modo extraordinario y singular a la contemplación y veneración del misterio del amor misericordiosísimo de Dios para con el género humano.

Ella misma nos cuenta: «Durante la Octava del Santísimo Sacramento, sucede lo que se ha denominado «**la gran revelación**»». Nuestro Señor, mostrándole su Corazón, le dice estas palabras, tantas veces repetidas: «He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres. En retorno, no recibe de la mayor parte de ellos sino ingratitudes. Lo que me es más doloroso es que se comportan así corazones que me están consagrados»⁴¹.

La misión de santa Margarita María de Alacoque fue reconocida por la Iglesia; con ocasión de su beatificación y de su canonización, lo mismo que en las encíclicas sobre el Sagrado Corazón.

Hemos de reconocer que el mensaje de Paray nos habla elocuentemente del espíritu de reparación que ocupa el primero y principal lugar en la práctica del culto al Sacratísimo Corazón de Jesús⁴².

⁴¹ «Vida y obras de Santa Margarita M^a de Alacoque», París 1920, II, 70, 70 s, citado por M. DENIS en *Cor Christi*, 67.

⁴² A. PELLÍN, *Vida de Reparación*, e. e., 83.

La doctrina de Paray-le-Monial, además de orientar al culto del Sagrado Corazón, orienta los corazones hacia el espíritu victimal, expresado reiteradamente en los escritos de Margarita María de Alacoque, en los que recomienda la «consagración».

Ejemplo de «consagración» según un autógrafo: «Yo consagro al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo mi persona y mi vida, mis acciones, penas y sufrimientos para no querer valirme de ninguna parte de mi ser, sino para honrarlo, amarlo y glorificarlo. Mi voluntad irrevocable está en ser toda de Él y hacerlo todo por su amor...»⁴³.

Pero ella sabe también que «no es posible amar sin sufrir», sin conformar nuestra vida cristiana con la del Salvador, «totalmente oculta y anonadada a los ojos de las criaturas».

En las revelaciones del Señor a Margarita María de Alacoque sobresalen tres elementos constitutivos de la reparación: el amor divino no correspondido, el honor de Dios ultrajado y la divina justicia que exige reparación.

Según el testimonio de la Santa, el Señor le había hecho ver en sí mismo dos santidades: una de amor, y otra de justicia⁴⁴.

La reparación es ofrecida directamente a Cristo y a su Corazón, pero Cristo mismo y su Corazón son ofrenda en reparación al Padre, sobre todo en la Eucaristía⁴⁵.

La reparación, según santa Margarita María de Alacoque, no es el único elemento de la devoción al Sagrado Corazón, ni el elemento principal, ya que prevalece el **amor de consagración**; pero la reparación es parte integrante y esencial de esta devoción. El que ama, de hecho, es también un pecador, solidario con sus hermanos pecadores⁴⁶.

⁴³ M. DENIS, o.c., 68.

⁴⁴ J. LADAME, *Doctrine et Spiritualité de Sainte Marguerite Marie*. Resiac, Montsurs 1979, 40-60, citado por Solano en *Desarrollo Histórico de la Reparación en el culto al Corazón de Jesús*, 56.

⁴⁵ Ibid., 103.

⁴⁶ J. SOLANO, o. c. ,56.

El campo de la reparación es inmenso, casi infinito como la misma salvación cristiana, de modo que las exigencias de la reparación en el culto al Corazón de Jesús ha sido de una fecundidad verdaderamente increíble.

Después de santa Margarita María de Alacoque, la reparación se ha desarrollado en distintas líneas, surgiendo diferentes formas de espiritualidad.

La reparación en los tres últimos siglos ha sido concebida prevalentemente como reparación dirigida a Dios y a Cristo, y poco a poco se ha ido ampliando el concepto pensando en la relación de Dios con los hombres y el mundo, que reciben el efecto saludable de la misma reparación ofrecida al Señor.

Los hombres y el mundo necesitan justicia y reparación, reparación que es ofrecida para que se realice plenamente el misterio de la salvación, reparando así el honor y la santidad de Dios⁴⁷.

Importante y valiosa es la intervención de la Iglesia promoviendo y garantizando la devoción al Sagrado Corazón y la reparación. Y aunque no todos los Institutos y las Asociaciones surgieron al comienzo con una exigencia de reparación, ésta es tan fuerte —después de santa Margarita M^a de Alacoque— que reciben impulso hacia una dimensión reparadora⁴⁸.

Los documentos formales de los Romanos Pontífices sobre este tema tienen un doble valor: el valor de manifestar el pensamiento autorizado de la Iglesia sobre la realidad reparadora en el Culto y el valor de promover la misma práctica de la reparación.

Todas estas enseñanzas están recogidas sobre todo en tres grandes encíclicas: **Annum Sacrum**, de León XIII (25-V-1899); **Miserentissimus Redemptor**, de Pío XI (8-5-1925); y **Haurietis Aquas**, de Pío XII (15-V-1956).

⁴⁷ J. SOLANO, o. c., 57.

⁴⁸ Ibid., 58.

Si bien el culto del Sagrado Corazón, con su doble matiz de amor y reparación, sigue adelante, es innegable que en estos últimos años, en algunas regiones y en algunas mentes ha experimentado una cierta crisis que alcanza sobre todo a la clase intelectual, pero se extiende también al sector simplemente piadoso. Por causas difíciles algunas veces de explicar, han surgido dificultades que afectan al fondo y a la formulación de la idea reparadora en su plenitud.

Juan Pablo II confirma la actualidad de la reparación. «...No escatimemos tiempos para ir a encontrarlo en la adoración, en la contemplación llena de fe y abierta a reparar las graves faltas y delitos del mundo. No cese nunca nuestra adoración»⁴⁹.

«...En Montmartre, sin interrupción, hay hombres que rezan, que adoran, que, en el espíritu de santa Margarita María de Alacoque, ofrecen reparación a aquel Corazón que tanto ha amado al mundo, y al hombre en este mundo, y que recibe de éstos tantos ultrajes y olvidos»⁵⁰.

Después de este rápido recorrido por la historia de la reparación, pasamos a estudiar en el capítulo siguiente su sentido teológico y espiritual tal como aparece en las encíclicas mencionadas.

⁴⁹ *Dominicae Cenae*, n. 3.

⁵⁰ *L'Osservatore Romano*, 9-10 Junio 1980, 3.

CAPÍTULO III

TEOLOGÍA Y ESPIRITUALIDAD DE LA REPARACIÓN

El problema teológico es demasiado complejo para poder resolverlo con una afirmación simplista, y la actitud espiritual que nos exige el amor profundo de nuestro Salvador, quien «me amó y se entregó por mí» (Gal 2,20), no es como para describirlo en pocas palabras.

Debemos proceder metódicamente, como es la constante en la teología cristiana, según indica H. Holsteins⁵¹.

A) REPARACIÓN TEOCÉNTRICA Y REPARACIÓN CRISTOCÉNTRICA

En las acciones humanas, uno de los elementos más importantes es el fin por el cual se llevan a cabo.

En el tema de la reparación nos damos cuenta de que unas veces se habla de reparación teocéntrica, o dirigida a Dios, y otras de reparación cristocéntrica.

¿Qué justificación tiene este lenguaje y cuál es su significado?

La historia del pecado tiene dos etapas completamente distintas, antes y después de la Encarnación.

En el A. T. todo pecado era una ofensa que se hacía a Dios, Creador, Legislador, Providente.

La reparación teocéntrica consiste, pues, en un tributo de honor y de expiación para con Dios: Devolver la gloria a Dios y alejar el castigo que se merece por la falta.

⁵¹ H. HOLSTEIN, «Dignae satisfactionis exhibeamus officium», en *Cor Christi*, e.c., 557.

Pero después que Cristo se encarnó, vivió, sufrió, murió, resucitó y subió a los cielos, permaneciendo a la vez en la Eucaristía, el pecado adquiere una nueva malicia, ya que niega al mismo tiempo el honor y el amor que se le debe como Redentor, Santificador, Amigo, etc. En todo pecado, nos dice el Apóstol, se renueva en cierto modo la Pasión de Cristo.

La reparación cristocéntrica sería, por consiguiente, un tributo de honor y expiación, pero sobre todo de amor, que se rinde a Jesucristo.

Es siempre el mismo Dios a quien se ofende y se repara, pero, como es fácil de ver, con matices distintos.

Por otra parte, la reparación cristocéntrica no puede excluir la teocéntrica, porque el pecado, al mismo tiempo que ofende a Cristo, conculca los sagrados derechos de Dios⁵².

B) CRISTO Y LA REPARACIÓN

Con el pecado de Adán, la reparación se hizo necesaria. Teniendo en cuenta que la gravedad del pecado, por ser ofensa de Dios, revestía una malicia infinita, y por otra parte se trataba de un pecado cometido por la Humanidad, sólo un Dios-Hombre lo podía reparar. Es Jesucristo quien realiza la reparación mediante el don de sí mismo al Padre. «Por lo cual al entrar en el mundo, dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste, pero me diste un cuerpo a propósito; holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron, entonces dije: Heme aquí presente» (Hbr 10,5-6)⁵³. Asumió nuestro «no» en su carne, hecho por nosotros «pecado» (Rom 8,3), y «maldición» (Gal 3,13). Donde nosotros dijimos «no», él, en nuestro puesto, dijo «si». «Que no se haga mi voluntad, sino la tuya» (Mc 14,36). «Todo está cumplido» (Jn 19,30). Llevó al límite su fidelidad pues «si somos infieles, él per-

⁵² A. PELLÍN, o.c., 93-94.

⁵³ Ibid., 94.

manece fiel, pues no puede engañarse a si mismo» (2ª Tim 2,13).

Sólo Cristo satisfizo plenamente y para siempre. Y, gracias a ello, nos reconcilió con el Padre. Así lo reconoce la encíclica *Miserentissimus redemptor*:

«Ningún poder humano creado era suficiente para expiar los crímenes, si el Hijo de Dios no hubiese tomado la naturaleza humana»⁵⁴.

Es una confirmación de lo que repite constantemente el Nuevo Testamento: «Llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el leño...» (1ª Ped 2,24). «Cancelando la cédula del decreto firmado contra nosotros que nos era contrario y quitóla de en medio, enclavándola en la cruz...» (Col 2,14). «Para que, muertos a los pecados, vivamos a la justicia...» (1ª Ped 2,24). «Cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo» (Rom 5, 10).

La Epístola a los Hebreos afirma, en forma solemne y reiterada, la unidad del sacrificio redentor: «...No tienen necesidad de ofrecer sacrificios cada día, primero por sus pecados propios, como aquellos Sumos Sacerdotes, luego por los del pueblo. Y esto lo realizó de una vez para siempre, ofreciéndose a si mismo» (Heb 7,27).

«Penetró en el santuario una vez para siempre... con su propia sangre, consiguiendo una redención eterna» (Heb 9,12).

Santo Tomás de Aquino afirma con energía que el hombre como tal es incapaz de «satisfacer» por el pecado; sólo el Verbo encarnado podía hacerlo. Y la «abundante misericordia» del Padre permitió nuestra liberación, mediante el sacrificio de su Hijo: «Conviene tanto a la misericordia como a la justicia (divinas) que el hombre sea liberado por la Pasión de Cristo. A la justicia, por cuanto Cristo, con su Pasión, satisfizo por el pecado del género humano y, así, el

⁵⁴ *Miserentissimus Redemptor*, n. 22.

hombre se liberó merced a la justicia de Cristo. Y a la misericordia, dado que el hombre no podía satisfacer, por sí mismo, por el pecado de toda la naturaleza humana, como se ha dicho anteriormente»⁵⁵. «Dios, empero, le dio como redentor (satisfactorem) a su propio Hijo (Rom 3,24-25). Donde muestra una misericordia más abundante, que si Dios hubiere simplemente perdonado el pecado sin exigir satisfacción (Ef 2,4-5)».

«Esta satisfacción redentora es, por la dignidad supereminente de quien la ofrece al Padre, no solamente equivalente y capaz de reparar en justicia la ofensa, sino que es superabundante e incluso infinita», como comenta L. Billot⁵⁶. La pasión de Cristo constituye, por tanto, la única reparación concebible que pueda ofrecerse a Dios por el pecado; la única capaz de merecer el perdón, obteniendo la justificación en la sangre de Cristo (Rom 5,9)⁵⁷.

C) LA REPARACIÓN DEL HOMBRE

A la obra redentora de Cristo, que empieza con su Encarnación y culmina en el calvario, nosotros hemos de colaborar incorporándonos a Él por la gracia, viviendo su vida, ofreciendo Cristo al Padre como víctima que lleva a cabo la redención del mundo y ofreciéndonos nosotros mismos en Él y con Él.

De este modo se nos aparece como «Mediador», como «instrumento» de reparación al Padre, como «suplemento» de nuestras flaquezas⁵⁸.

Jesús quiere asociarnos a su sacrificio. Nos pide, según la expresión de San Pablo, «completar en nuestra carne lo que

⁵⁵ III, q. 1, art. 2, ad. 2, citado por H. HOLSTEIN, o.c., 563.

⁵⁶ L. BILLOT, *De Verbo Incarnato*, Roma 1904, th. 53, 478, citado por H. HOLSTEIN, o.c., 563.

⁵⁷ Cf., H. HOLSTEIN, o.c., 563.

⁵⁸ A. PELLÍN, o.c., 94.

falta a sus sufrimientos», tomar parte con Él en la redención del mundo.

Pío XI explica claramente esta asociación de los «miembros» a la Pasión de la Cabeza, con lo cual fundamenta la reparación (1 Co. 12):

«La pasión expiatoria de Cristo se renueva y, en cierto modo, se continúa y completa en su Cuerpo Místico, que es la Iglesia. Pues, para usar de nuevo las palabras de San Agustín, «Cristo padeció lo que debió padecer; ya no falta nada de la medida de los padecimientos. Por consiguiente, se ha terminado ya, mas sólo en la Cabeza; quedaban todavía los padecimientos de Cristo en el Cuerpo...»

Con mucha razón, pues, padeciendo como padece todavía Cristo en su Cuerpo Místico, desea tenernos por compañeros de su expiación, y esto exige también nuestra misma unión con Él, pues, «como seamos cuerpo de Cristo y miembros de miembro (1 Co 12,27), cualquier cosa que padece la Cabeza, es menester que la padezcan con ella todos los miembros»⁵⁹.

Con Él y en Él, quien sufre en expiación del pecado es, según la expresión de San Agustín, el «Cristo Total». Nuestra participación en la pasión nada agrega a lo que ella completa. Nuestro sufrimiento redentor no se añade al de Jesús, sino que se sitúa en él, como desarrollo en el tiempo de la Iglesia, como presencia en el mundo del sacrificio del Calvario.

Pío XI recuerda oportunamente que la misa, no es «un sacrificio distinto» al de la Cruz, sino la presencia y reactualización del único sacrificio⁶⁰.

⁵⁹ Misericordissimus Redemptor, nn. 39, 40, 41.

⁶⁰ Misericordissimus Redemptor, n. 24.

De igual manera, guardadas las proporciones, nuestra indispensable «reparación» no representa otra reparación distinta de la de Cristo, sino un complemento necesario.

La misma perspectiva será adoptada por Pío XII en su encíclica *Mystici Corporis* del 29 de Junio 1943:

«Nuestro Salvador... quiere, por así decirlo, que sus gracias broten de ella misma. Misterio profundo que nunca será suficientemente meditado: la salvación de muchas almas depende de las oraciones y de los sufrimientos voluntarios de los miembros del Cuerpo místico de Cristo, cada vez que esas buenas obras se realizan con esta intención». «Por su cuerpo, que es la Iglesia»: por consiguiente, no debemos «reparar» tan sólo por nuestros pecados sino, en el misterio de la comunión de los santos, por todo el Cuerpo de Cristo. Solidarios en el pecado y más solidarios todavía en la redención: «Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia (Rom 5,20)».

Haciendo alusión a las fórmulas paulinas, que hacen del bautismo una muerte y una resurrección con y en Cristo, un teólogo escribe lo siguiente:

«La comunión con Cristo alcanza tal realismo, que el fiel puede decir: «Con Cristo estoy crucificado... es Cristo quien vive en mí» (Gál 2,19-20). Viniendo a ser un solo cuerpo con quien, por su muerte, fue vivificado por Dios, toma parte en esa muerte y en esa resurrección. La fórmula «con Cristo» demuestra la profundidad de la identificación del fiel con Cristo»⁶¹.

La experiencia mística de santa Margarita María de Alacoque fue, probablemente, la de sentir en su sensibilidad, con intensidad sorprendente, esa «identificación con

⁶¹ F. X. DURRWELL, *La résurrection de Jésus, mystère de salut*, Cerf, París, 1976, 176.

Cristo», ya experimentada por numerosos místicos, pero vivida en ella, quizás, con una conciencia mas lúcida. Lo que ella llama «consolación» viene a ser, de hecho, aunque en una unión de extraordinaria plenitud y profundidad, la «compasión» (sufrir con), aquella que menciona san Pablo cuando dice: «Estoy crucificado con Cristo...»⁶².

D) PSICOLOGÍA DE LA REPARACIÓN

«El idioma del amor —observa san Bernardo— a quien no ama le parece extranjero e ininteligible»⁶³.

El amor rotura la senda para que el entendimiento logre la posesión de la verdad.

Más aún, el amor, el amor intenso y compasivo, actualiza y dramatiza, como si fueran presentes, hechos históricos vinculados con la persona amada.

Esta ley psicológica se ha de tener muy en cuenta cuando entra en juego el deseo de «corresponder al Amor Divino». El alma amante, a impulsos de su amor, contempla la Pasión de Cristo Nuestro Señor no sólo como un hecho histórico, sino también como algo íntimo y vivamente presente a su espíritu, como si ahora mismo sucediera, con todos sus dolores, todas sus amarguras interiores; contempla a su amado Redentor presente a su espíritu; de esta consideración brotan espontáneamente sentimientos de compasión afectiva, ya que el alma hace suyos los dolores del Amigo divino, los comparte con Él y procura aliviarle el martirio íntimo de su Corazón triturado por nuestros pecados.

La Iglesia, educadora experta, sabe acomodarse a esta ley psicológica del amor. Pío XII pone de relieve este aspecto del culto oficial de la Iglesia:

⁶² H. HOLSTEIN, «Dignae satisfactionis exhibeamus officium», en el cincuentenario de la encíclica de Pío XI, *Miserentissimus Redemptor*, en *Cor Christi*, e.c., 565.

⁶³ PL, 183, 1163.

«El año litúrgico... no es una representación fría e inerte de hechos que pertenecen a siglos pasados, no se reduce a un recuerdo escueto de época pretérita, sino más bien es Cristo mismo que persevera en su Iglesia y que prosigue la senda de inmensa misericordia que inició en su vida mortal... con el fin de que las almas se pongan en contacto con sus misterios. Estos misterios están presentes... en cuanto que son ejemplos ilustres de perfección cristiana y fuente de gracia divina...; perdura en nuestras almas por sus efectos, ya que cada uno de ellos, según su índole peculiar, contribuyen a nuestra salvación. Con esto... asimilamos su fuerza como los sarmientos de la vid y los miembros la de la Cabeza, a la que nos transformamos poco a poco en edad plena de Cristo»⁶⁴.

Los misterios de la Redención, bajo el aspecto histórico, no tuvieron lugar sino una sola vez en la Persona del Verbo encarnado, pero a lo largo de los siglos se renuevan espiritualmente en su Cuerpo Místico, siendo como son causas ejemplares y eficientes de nuestra filiación divina. Con san Agustín podemos asegurar: «Lo que la verdad nos indica que pasó sólo una vez en la historia, lo mismo renueva a menudo la solemnidad (litúrgica) en los corazones fieles»⁶⁵.

San Ignacio recomienda que contemplemos los misterios de la Redención «como si presentes nos hallásemos»⁶⁶, procurando actualizar, como si fuésemos actores de lo que acaeció hace veinte siglos, se renueva cada vez que lo contemplamos con fe viva y amor ardiente. Esta contemplación afectiva de la Pasión del Salvador nos renueva interiormente.

⁶⁴ Citado por J. A. EGUREN, en *Permanecer en mi amor*, Edapor, Madrid 1987, 29.

⁶⁵ *Ibid.*, 29.

⁶⁶ *Ejercicios Espirituales*, n. 114.

te y aumenta el espíritu de reparación consoladora y compasión afectiva, lo que los Santos Padres llaman «la fuerza del misterio» (vis mysterii).

Los misterios de la Pasión son misterios nuestros, ya que el Amor Encarnado quiso vivirlos «por nosotros los hombres y por nuestra salvación». «Siempre sigue siendo nuevo lo que continuamente renueva nuestras almas, ni puede envejecer lo que no cesa de dar frutos, lo que nunca se marchita», como dice san Bernardo⁶⁷.

E) ASPECTO DOGMÁTICO DE LA REPARACIÓN

«Siempre sigue siendo nuevo lo que renueva nuestras almas», nos dice san Bernardo; por ello los misterios de la Redención, y en concreto la Pasión de Cristo Nuestro Señor, siguen siendo auténtica realidad por las gracias de renovación interior que nos procuran en nuestros días, como durante la vida terrena del Salvador.

Para Él pasó ya la prueba, y con ella el tiempo de sufrir y merecer, pero para Jesús siempre perdura la etapa de **aplicar** los tesoros de sus méritos.

Nos fijamos en que Jesús en cuanto Hombre-Dios poseía la ciencia visión. Por esa ciencia de visión Jesús contempla a Dios y en Dios todos los seres reales, pasados, presentes, futuros, y en virtud de tal ciencia Cristo, en cuanto Hombre, gozaba de un conocimiento inmediato y universal y así en su espíritu ya desde el primer instante de su vida terrena, estaban presentes todas nuestras obras, y de ahí brotaban afectos correspondientes en el Corazón de Jesús, que le procuraban ya motivos de consuelo y gozo íntimo por nuestras acciones meritorias, ya espinas de penas y sinsabores por nuestras infidelidades más o menos graves en su divino servicio.

⁶⁷ Citado por J. A. EGUREN, en *Permaneced en mi amor*, Edaport, Madrid 1987, 30.

Luego, así como el corazón de Jesús sufrió por las miserias morales de la época actual, así también sintió consuelos inefables por los obsequios tan delicados con que las almas amantes procuran consolarle hoy en día. Toda nuestra actividad tenía una resonancia anticipada en su Corazón.

El Magisterio pontificio admite como cierta la sentencia, según la cual el alma de Cristo no ignoró nada, sino que desde el principio conoció en el Verbo todos los sucesos pasados, presentes y futuros, todas las cosas que Dios conoce con su ciencia visión⁶⁸.

«Si el alma de Cristo Nuestro Señor se puso triste hasta la muerte por nuestros pecados futuros, pero previstos, sin duda que también recibiría no pequeño alivio de nuestros desagravios previstos, cuando se le apareció un ángel del cielo para consolar su Corazón oprimido de asco y congoja»⁶⁹.

Jesucristo en este momento consolado por el ángel, muestra los frutos preciosos de su obra redentora: legiones de almas purificadas de sus culpas en la sangre de la Víctima del calvario; legiones de almas contemplativas que ante la imagen del Varón de dolores se sentirán sumidas en éxtasis de amor; legiones de almas nobles decididas a pagar amor con amor, cruz con cruz, y a ofrecerle en holocausto el sacrificio de tendencias arraigadas en la naturaleza humana; legiones de almas que al recuerdo de su agonía en el Huerto se animarán a sacrificar su vida para consolarle de sus penas íntimas...

Y con este espectáculo tan reconfortante, el Hijo de Dios queda renovado y se regocija como gigante para recorrer su carrera.

⁶⁸ Ibíd., 32-38.

⁶⁹ Miserentissimus Redemptor, 36-37.

F) CRISTO PADECE EN SU CUERPO MÍSTICO

Pío XI añade otra razón que consolida la base dogmática de la reparación:

«La Pasión expiatoria de Cristo se renueva y en cierto modo se prolonga y completa en su Cuerpo Místico, que es la Iglesia»⁷⁰.

El Papa cita la persecución de San Pablo cuando se dirigía a Damasco:

«respirando amenazas y muerte contra los discípulos de Jesús, este se le aparece y le dice: «Yo soy Jesús a quien tu persigues»⁷¹.

Dando a entender claramente que en las persecuciones contra los miembros de la Iglesia se lastima y ataca a su Cabeza divina. Con razón así concluye Pío XI:

«Jesucristo, que aún padece en los miembros de su Cuerpo Místico, desea tenernos por compañeros en la expiación satisfactoria»⁷².

San Pablo, al hablar de los padecimientos por Cristo, escribe esa frase tan profunda como desconcertante: «Completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su Cuerpo que es la Iglesia» (Col 1,24).

Pero si Cristo ha sufrido por todos los pecados del mundo, «la Víctima propiciatoria por todos los pecados del mundo» (1 Jn 2,2), ¿qué significa la frase de San Pablo según la cual él con sus padecimientos completa los padecimientos de Cristo?

⁷⁰ Miserentissimus Redemptor, n. 39.

⁷¹ Ibid.

⁷² Ibid., 40,41.

En san Agustín encontramos la respuesta más acertada: «El Cristo Total se compone de la Iglesia unida a su Cabeza que es Cristo. La Cabeza de este cuerpo que es Cristoapuró hasta las heces la copa del sufrimiento; sólo falta que sufra también en su cuerpo y en sus miembros y vosotros sois ese cuerpo y esos miembros»⁷³.

La ayuda que Simón Cirineo presta a Cristo al llevar la Cruz, representa a cuantos somos el Cuerpo Místico de Cristo que, como él, debemos ayudar a Cristo a llevar su cruz. Y hemos de convencernos de que aliviarnos las penas y sufrimientos de Jesús, si imitamos su ejemplo, renunciamos a nosotros mismos y cargamos con la cruz, como enseña san Lucas: «El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Lc 9,23).

Los sacrificios y penitencias voluntarios de los que lo practican purifican sus almas y expían también por los que ofenden a su Cabeza, y con ello comparten los sufrimientos de Jesús en sus miembros y alivian y consuelan las penas de su Corazón. Era lo que anhelaba san Pablo cuando escribía que quería renunciar a todo «a fin de ser admitido a la comunión de los sufrimientos de Cristo y asemejarse a El hasta la muerte» (Fil 3,8-10).

San Pablo identifica sus sufrimientos con los de Cristo, ya que es miembro del Cuerpo Místico de Cristo, y, al ofrecerle su alivio y consuelo, recibe el consuelo de Cristo. «Así como abundan en nosotros los padecimientos de Cristo, así también por Cristo abunda nuestro consuelo» (2 Cor 1,5).

A la luz de las enseñanzas de Pío XI, se aprecia, en cuanto cabe, esta asociación de los «miembros» a la Pasión de la Cabeza, con lo cual se fundamenta la Reparación⁷⁴:

«La Pasión expiatoria de Cristo se renueva y en

⁷³ Enarrationes in Psalmum, citado por J. A. EGUREN, Permaneced en mi amor, Edapor, Madrid 1987, 40.

⁷⁴ J. A. EGUREN, o.c., 40-44.

cierto modo se continúa y completa en su Cuerpo Místico. Pues, para usar de nuevo palabras de San Agustín: «Cristo padeció lo que debió padecer: ya nada falta a la medida de sus padecimientos. Completa está, pues, la Pasión, pero sólo en la Cabeza; faltan todavía los padecimientos de Cristo en el Cuerpo...»⁷⁵.

Con mucha razón, pues, padeciendo como padece todavía Cristo en su Cuerpo Místico, desea tenernos por compañeros de su expiación, y esto exige también nuestra misma unión con Él, pues «una vez que somos cuerpo de Cristo y miembros de miembro» (1 Cor 12,27), cualquier cosa que padece la cabeza es menester que la padezcan con Ella todos los miembros, y como los sufrimientos actuales de sus miembros los considera como suyos, al procurar aliviar los sufrimientos de los miembros los estamos aliviando en la Cabeza. En este alivio radica el consuelo que quiere ofrecerle la Reparación⁷⁶.

«Por eso —añade el Papa— aun ahora podemos y debemos consolar de manera maravillosa, pero verdadera, al Corazón Sacratísimo que continuamente es herido por los hombres ingratos...»⁷⁷.

¿Qué es lo que representa para nosotros, pobres criaturas que somos, esta reparación a la cual nos invita la Iglesia?

Cristo y sus apóstoles nos llaman a la conversión. La conversión es tal, como lo dice la etimología, un retorno profundo. Así lo expresan las fórmulas bautismales: renunciar a Satanás y a sus seducciones y adherirse a Cristo para vivir de su vida y sus pasos.

⁷⁵ Miserentissimus Redemptor. n. 39.

⁷⁶ J. A. EGUREN, o.c., 44.

⁷⁷ Miserentissimus Redemptor. n. 38.

La conversión implica, a la vez e indisolublemente, renunciar al pecado y adherirse a Cristo. El modelo sigue siendo el gesto de los apóstoles: «dejándolo todo, lo siguieron» (Mc 1, 18-20).

Dejarlo todo es dejarse a sí mismo. Es asumir, frente al pecado, una actitud de conversión y de remordimiento: «Tus pecados te son perdonados», dice Jesús a la pecadora (Lc 7,48). ¿Será concebible que esta mujer, de la cual Jesús afirmó que «mostró mucho amor» (Lc 7,47), no hubiese sido impulsada por la gracia a detestar su pecado y a repararlo, en virtud de ese amor que Jesús alaba en ella?

¿Se puede comprender que el hijo pródigo no hubiese hecho lo posible, al terminar el banquete en el que su padre le mostró su ternura, mediante una fidelidad ejemplar y una atención a los deseos de un padre cuya misericordia acababa de descubrir, por reparar su pecado y compensar, por una generosidad efectiva, el gesto de egoísmo loco que le había llevado a abandonar la casa?

La conversión sincera implica, por tanto, reparación, ya que el amor es sumamente exigente y no se contenta con soluciones a medias o renovaciones esporádicas de un fervor ahogado. Los convertidos lo saben bien y nos lo enseñan. En la historia de la Iglesia no faltan los ejemplos, partiendo de san Agustín hasta Charles de Foucauld.

Llorar sobre su pecado y denunciarlo por un amor efectivo y tremendamente exigente, ¿no es lo que Cristo pide, subiendo al calvario, a las hijas de Jerusalén cuando les dice: «No lloréis por mi, llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos...» (Lc 23,38)? La verdadera consolación que podemos ofrecer a Jesús es nuestra conversión sincera.

Conviene distinguir entre la consagración y la reparación. Ambas actitudes se implican mutuamente y, por así decirlo, se exigen recíprocamente, uniéndose para articular la respuesta ferviente y agradecida a quien «tanto ha amado a los hombres».

La consagración al Corazón de Jesús no es verdadera sino en la medida en que manifiesta la aversión al pecado y, por tanto, la voluntad de combatirlo en nosotros. Sería tan sólo emotividad fugaz, si no proviniese de un amor que nos conforma a Cristo y nos hace vivir de su caridad.

Este programa, que une consagración y reparación, ¿no sigue siendo el conformarnos lo más realmente posible a su Corazón inflamado de amor?

G) CONCLUSIÓN

El mensaje de Paray-le-Monial, reactualizado por Pío XI, sigue siendo para nosotros una llamada que no podemos eludir⁷⁸. Tenemos que reconocer el valor permanente, y sumamente actual, de su contenido esencial: sentido de pecado, sentido de la exigencia de una conversión, que reclama que se renuncie al pecado y a sus ocasiones, y sentido de hacerse cargo con espíritu penitente del pecado del mundo. Exponemos primero las formas de responder, para enunciar después las clases de reparación y la necesidad de la misma.

1) Son tres las formas de responder a estas exigencias

- La consagración de nosotros mismos, de toda nuestra actividad y de todo lo que nos pertenece (sentimientos internos y acciones externas), al Corazón de Jesús, en respuesta de amor a su amor redentor, exige un esfuerzo correlativo de reparación. Será ilusión comprometerse con el amor de Cristo, olvidando que «somos pecadores».

⁷⁸ H. HOLSTEIN, «Dignae satisfactionis exhibeamus off.», en *Cor Christi*, e.c., 566-569.

• **Consagración y reparación:** Llamados a ofrecernos a nosotros mismos participando en el sacrificio eucarístico con quién, «dejando a la Iglesia un sacrificio visible...», quiso que la virtud del sacrificio eucarístico se aplicase a la redención de los pecados que cometemos cada día»⁷⁹, debemos presentar en cada misa una «ofrenda reparadora».

- Ofrecer al Señor una «justa reparación» por nuestros pecados y los del género humano, en una actitud de confianza en el Señor misericordioso y en una esperanza que no puede quedar frustrada (Rom 5,5). Es un deber ofrecer «justa satisfacción» con verdadero amor y no olvidarlo ni descuidarlo.

El amor del pecador arrepentido y perdonado exige una actitud firme de contrición y de voluntad sincera de expiación de nuestras culpas.

Si en la consagración, el fin primero y principal para la criatura es devolver a su Creador amor por amor, se sigue que debe compensar, con respecto al amor increado, la indiferencia, el olvido, las ofensas, los ultrajes y las injurias de que es objeto: lo cual corrientemente recibe el nombre de reparación.

2) Formas de reparar ⁸⁰

1. Reparación negativa

El dolor, el arrepentimiento y la misma confesión, no suprime siempre del todo los efectos del pecado. Somos débiles y con la repetición aumenta la costumbre del pecado. Al pecado sigue el dolor de la satisfacción incluso con penas dolorosas.

La ascética del hombre caído consiste en practicar todo aquello que ayude a fortificar la debilidad de la voluntad,

⁷⁹ Concilio de Trento, Sesión XXII, cap. 1, citado por H. HOLSTEIN, o.c., 569.

⁸⁰ L. M^a MENDIZÁBAL, En el Corazón de Cristo, Edapor, Madrid 1990, 69 s.

destruir las malas costumbres producto del pecado, domar la concupiscencia, disminuir la pena debida por el pecado; todo esto constituye la parte negativa de la reparación.

Debemos hacer con espíritu de reparación y con la intención de purificarnos cada vez más lo que con frecuencia hacemos casi por costumbre: la confesión, la penitencia, el uso de los sacramentos, las humillaciones y mortificaciones de los sentidos que se nos presenten.

2. Reparación afectiva

Puede definirse como un amor que desea consolar a Cristo ofendido por tantos pecados, a fin de que Él, desviando la mirada de nuestras faltas y de las de los demás, mire solamente nuestro amor y nuestras buenas acciones. Esta reparación afectiva puede impregnar toda nuestra vida.

Por esta intención todas las acciones, aún las más ordinarias de nuestra vida, estarán inspiradas por el amor, y en consecuencia serán más perfectas y de mayor consuelo para Cristo, serán más eficaces para merecer gracia.

Serán además un incentivo psicológico para nuestra perfección. «La expiación perfecciona la unión con Cristo, participando en sus sufrimientos!»⁸¹.

Debemos entregarnos a la reparación, y dirigir como compensación afectiva todos nuestros esfuerzos a que otras almas vivan en fidelidad. Todo lo podemos dirigir a este fin. Esta reparación afectiva abrirá, en efecto, nuestro corazón al más delicado y generoso servicio del Señor.

La reparación afectiva consiste en amar a Cristo afligido por tanto ultraje; y es natural que para eso sirva cuanto ha sido instituido precisamente para fomentar en nosotros su amor.

La oración que repara es la oración afectiva por medio de

⁸¹ Misericordissimus Redemptor, n. 28.

actos de fe, esperanza, amor, etc... Es la oración descrita por San Juan de la Cruz: «Olvido de lo criado; memoria del Criador, atención a lo interior, y estarse amando al amado»⁸².

La comunión reparadora nos une más a Él. Por eso la comunión reparadora tiene un lugar tan importante en los principios de la devoción al Corazón de Jesús.

Otro aspecto de la reparación afectiva es la ofrenda al Padre, de la Sagrada Víctima en la Santa Misa.

3. Reparación aflictiva

El sufrimiento es uno de los misterios más difíciles de la vida espiritual.

Todos nosotros deberíamos celebrar íntimamente, como una fiesta grande, el aniversario del día en el que descubrimos el valor de la propia cruz.

No nos faltan sufrimientos y penas, pero no es fácil descubrir su valor. Sabemos que la victoria está en la cruz, y a pesar de ello la frase de san Pablo es dura para nosotros. «Puesto que me propuse no saber otra cosa entre vosotros sino a Jesucristo, y éste crucificado» (1 Cor 2,2).

El objeto de la reparación aflictiva son los sufrimientos espirituales y físicos, aunque éstos sean infligidos por nosotros mismos voluntariamente (mortificaciones, penitencias...). Podemos satisfacer por nuestros pecados por medio de los sufrimientos que Dios nos envía⁸³.

Si la unión gloriosa fuera posible sin pagar el castigo, no sería quizás necesario permanecer un tiempo en el Purgatorio privados de la visión de Dios. En esta misma línea, no nos parecerá excesiva reparación ningún sufrimiento. Lo confirma el Papa con estas palabras:

⁸² M. HERRÁIZ, San Juan de la Cruz. Obras Completas, Sígueme, Salamanca 1991, 80.

⁸³ Citado por L. M^a. MENDIZABAL, En el Corazón de Cristo, e. c., 75.

«Por un estricto derecho de justicia... estamos obligados a reparar y expiar, sea por la ofensa hecha a Dios por nuestras culpas, sea por el restablecimiento del orden violado»...⁸⁴.

No debe ser sólo por amor y por imitar a Cristo, muerto por mí, por lo que debo aceptar con placer el sufrimiento, sino también porque Cristo sufre actualmente en su Cuerpo Místico, como lo indica el Papa:

«...Estamos obligados a la reparación y expiación por cierto motivo más poderoso de justicia y amor...» «De amor, para compadecernos con Cristo paciente...» «Con mucha razón, pues, padeciendo como padece todavía Cristo en su Cuerpo Místico, desea tenernos por compañeros en su expiación..., pues, como somos cuerpo de Cristo y miembros de miembros, cualquier cosa que padece la Cabeza es menester que la padezcan con ella todos los miembros» (1 Cor 12, 16)⁸⁵. «La expiación consume nuestra unión con Cristo ofreciendo sacrificios por los hermanos»⁸⁶.

Ofrezcamos, pues, nuestra reparación, primero por aquellos que han sido perjudicados por nosotros espiritualmente. Estos daños, en realidad, son efecto de mis pecados personales en la Iglesia. Los pecados cometidos por mi causa y que mancharon el Cuerpo Místico de Cristo son realmente míos y debo expiarlos.

Debo reparar, además, por los pecados de «mis almas». Desde el momento en que hay una verdadera unión entre nosotros, estos pecados de los demás son, en cierto modo, realmente míos.

⁸⁴ Misericordissimus Redemptor. n. 18.

⁸⁵ Ibid., 18 y 41.

⁸⁶ Ibid., 28.

No quiere decir que deba yo ser castigado por los pecados de otros, pero significa que, si quiero, puedo ofrecer una verdadera expiación por ellos. En consecuencia, no sólo puedo rogar por ellos, sino también ofrecer penitencias y dolores, como verdadera expiación.

4. Reparación necesaria

En la actual «economía» normalmente no se convierte ningún alma sin el sufrimiento de otra. Así lo hizo constar el mismo san Pablo: «Sin derramamiento de sangre no se da el perdón» (Heb 9,22). Por lo cual: «Completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo en pro de su Cuerpo que es la Iglesia» (Col 1,24). Estos principios son expuestos por el Papa en su encíclica con estas palabras:

«Es necesario nuestro sacrificio, por cuanto la copiosa redención de Cristo sobreabundantemente perdonó nuestros pecados... A las oraciones y sacrificios que Cristo ofreció a Dios en nombre de los pecadores, podemos y debemos añadir también los nuestros»⁸⁷.

A esto se refería Orígenes cuando invocaba los merecimientos de los mártires. «Desde que no hay mártires y no se ofrecen los sacrificios de los santos, temo que no podamos ya merecer la remisión de nuestros pecados. Por esto tengo miedo de que permaneciendo en nosotros nuestros pecados, nos suceda cuanto de sí mismos afirman los judíos, o sea, que, privados de altar, de templo, de sacerdocio, y por lo tanto no ofreciendo más sacrificio —según su expresión—, «nuestros pecados queden en nosotros», y por eso no se dé perdón. Por nuestra parte debemos decir que,

⁸⁷ Ibid., n. 23.

no ofreciéndose por nosotros los sacrificios de los mártires, nos quedamos con nuestros pecados; no merecemos, en efecto, sufrir persecuciones por Cristo, ni morir por el nombre del Hijo de Dios»⁸⁸.

La satisfacción de Cristo es como un gran depósito o como una central en la que está acumulada la potencia eléctrica que debe ser usada para la salvación de las almas. Pero esta salvación no se obtiene si la energía no se transforma, si no se aplica al motor, de modo que pueda convertirse en trabajo.

En el orden sobrenatural, el motor es nuestra reparación y nuestros sacrificios. La oración podemos imaginárnosla como el conducto que lleva la energía eléctrica al motor. Pero sin el motor, sin el sacrificio expiatorio, no podemos tener conversiones.

Pero la eficacia de la satisfacción no depende solamente de la intensidad del dolor, sino también de la dignidad de la persona que sufre. Lo explicamos con fórmula matemática:

Eficacia de expiación = sufrimiento por dignidad.

La dignidad de la persona que sufre consiste en su vida sobrenatural, en su unión con Cristo. Un motor, para poder entrar en acción, debe estar unido a la red, y a través de ésta a la central.

⁸⁸ ORÍGENES, In Num., 10,2; Mc 12, 638 C, citado por L. M^a MENDIZÁBAL, o.c., 79.



CAPÍTULO IV

LA DEVOCIÓN AL CORAZÓN DE CRISTO Y LA REPARACIÓN

I) INTRODUCCIÓN

Todo el misterio de la Encarnación y del Sagrado Corazón está en el misterio humanamente incomprensible de Dios que existe en el mundo para amar su desamor en una respuesta redentora y vivificante.

No es fácil sondear las profundidades de la verdad que subyace a la veneración al Sagrado Corazón. Estamos ante un amor sin límites y nos sentimos abrumados ante el único «fons et origo»⁸⁹.

Fue el amor de aquel cuyo corazón se había abierto ampliamente a toda la humanidad, el que provocó el «ved cómo se aman unos a otros».

La vida del hermano Carlos de Foucaul estuvo acompañada por la devoción apasionada al Corazón de Jesús, es un comentario profundo a la devoción al Corazón de Jesús, es decir, su pasión por Jesús mirando desde el punto de vista del amor. Consideró esta devoción como la primera de todas, «porque respondía a su deseo apasionado de amar a Jesús; porque venía a nutrir ese deseo que, desde su conversión, crecía en su alma y la invadió más y más»⁹⁰.

⁸⁹ KARL RAHNER, «Theological Investigations», vol. III, trans. David, Bourke, New York, 1970, 237. citado por ARITA DOPKNS, «Base escriturística para la teología del Sagrado Corazón», en Cor Christi, e.c., 251.

⁹⁰ S. TALAVERO, «'Corazón' en algunos contextos bíblicos y en el marco trinitario de la devoción al Corazón de Jesús» en Cor Christi, e. c., 255-256.

Si de verdad se está convencido de que la devoción al Corazón de Jesús es una llamada de atención sobre su amor a los hombres, no habrá más remedio que situarla en su verdadero contexto: la salvación llevada a cabo por Jesús es la manifestación del amor trinitario a nosotros. Es decir, hay que resaltar la revelación de la Trinidad en la persona de Jesús⁹¹.

Esta devoción ganará en profundidad, saliendo de lo cambiante de los gustos de los tiempos. Estos pedirán esta o aquella manifestación de acuerdo con la sensibilidad de las personas. Y dentro de la misma época no se expresará lo mismo un latino que un nórdico, ni reaccionará de la misma manera un oriental que un occidental. Pero a todos les será común el fijarse en Jesús como revelación del amor entre las divinas personas.

Este lenguaje de amor lo entienden todos. Y es en ese amor en el que queremos fijarnos al hablar del Corazón de Jesús. Y es sobre ese amor sobre el que Él mismo llamó la atención a santa Margarita María de Alacoque en las revelaciones de Paray-le-Monial.

La devoción al Corazón de Jesús es un buen camino para adentrarse en el misterio trinitario.

Nunca se insistirá bastante en que la devoción al Corazón de Jesús no se fija en un miembro más de su persona⁹², sino en el centro mismo de ésta⁹³.

Se ha de resaltar que esta devoción se fija en el amor de Jesús, pero no en el meramente humano, por muy atrayente que éste sea. La devoción al Corazón de Jesús se fija más bien en el amor encarnado⁹⁴. En la entrega por amor de Jesús se revela el amor del Padre (Jn 3, 16): «Dios amó tanto al mundo que entregó a su Hijo único, para que todo el que

⁹¹ K. RAHNER, *Escritos de Teología III*, Taurus, Madrid 1964, 379-80. Echa de menos ese contexto trinitario.

⁹² *Ibid.*, 375.

⁹³ J. SOLANO, *De Verbo Incarnato*, Sths III, Madrid 1961, n. 545.

⁹⁴ K. RAHNER, *o.c.*, 383-84.

crea en él no se pierda, sino que consiga la vida eterna». En esa entrega se manifiesta el amor del Hijo (Jn 15, 13): «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos»; en el amor del Hijo a los hombres se manifiesta el que se tienen Padre e Hijo (Jn 17, 26): «Les he manifestado y les seguiré manifestando tu nombre, y así permanecerá en ellos el amor con que amaste, y yo también estaré con ellos». Con el Espíritu Santo se nos hace presente de un modo continuo ese amor divino (Rom 5, 5): «Y la esperanza no nos defrauda, puesto que ya tenemos el amor de Dios derramado en nuestros corazones por el E. S. que se nos ha dado» (Jn 14, 16-17).

A medida que la Trinidad deje de presentarse como algo extraño, sin transcendencia ni influjo en la vida, como una especie de «matemática trinitaria», a medida que la Santísima Trinidad resplandezca como misterio de amor, se remozará y potenciará también la devoción al Corazón de Jesús, movimiento de amor y resumen⁹⁵ de la religión más comprometida y auténtica.

«Puesto que el culto al Corazón de Jesús venera al Señor que obra y es la salvación considerando su Corazón, el culto al Corazón de Jesús puede ser llamado con todo derecho 'summa totius religionis'. Pues este Corazón es 'centro' en verdad. Centro como mediación, como punto por el que pasa todo hacia el centro definitivo que es el Padre. En este sentido, el culto al Corazón de Jesús no es sin más una devoción especial con unas cuantas prácticas de oración aisladas, no es una devoción especial que pueda abandonarse a capricho o ser sustituida por otra «devoción»⁹⁶.

El Papa Pío XII, con ocasión de la celebración del centenario de la extensión universal de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, publicó su encíclica *Haurietis Aquas* sobre el culto del Corazón de Jesús en la Iglesia y sus raíces en la

⁹⁵ AAS 20 (1928) 167, citada por S. TALAVERO, o.c., 273.

⁹⁶ K. RAHNER, o.c., 381.

revelación. Con este célebre documento, del 15 de Mayo de 1956, el Pontífice ponía como la cúpula o corona del edificio doctrinal alzado por el Magisterio eclesial en honor del Corazón de Jesús, que se sintetiza principalmente en las tres grandes encíclicas: **Annum Sacrum**, de León XIII, en 1899, sobre la entrega y consagración al amor del Corazón de Jesús; **Miserentissimus Redemptor**, de Pío XI, en 1928, sobre la reparación como elemento que forma parte de este culto y devoción; y la conmemorada **Haurietis Aquas**, sobre la significación y esencia del mismo culto, en que se venera el Amor de Dios y de Jesús hombre por el símbolo o signo del corazón físico de Jesús objeto de veneración y culto.

En la encíclica **Haurietis Aquas**, n. 47, trazó una breve síntesis del desarrollo de la doctrina y del culto hasta la mitad de nuestro siglo. Hizo notar la iniciativa, al menos implícita, de tal devoción, por parte de la «excelsa Madre de Dios, de los Apóstoles y de ilustres padres de la Iglesia, que tributarán a la humanidad santísima de Cristo, y especialmente a las heridas abiertas en su cuerpo por los tormentos de la salutífera pasión, un culto de adoración, de acción de gracias y de amor».

Recordaba a continuación el Papa que en la Edad Media se descubren los inicios de tal culto, especialmente por medio de san Buenaventura, san Alberto Magno, santa Gertrudis, santa Catalina de Siena, el beato Enrique Susón. Después del Concilio de Trento, el desarrollo va acentuándose, por obra especialmente de san Pedro Canisio y de san Francisco de Sales; y finalmente alcanza un claro y pleno auge por el celo de san Juan Eudes y por medio de santa Margarita M^a. de Alacoque, a quién Jesús le mostró su corazón «sobre un trono de llamas, radiante como el sol, con la llaga adorable, coronado de espinas», y le manifestó «las maravillas de su amor hacia los hombres y los secretos inexplicables de su Corazón».

Finalmente la exhortó a solicitar de la sagrada Jerarquía

la institución de una solemnidad litúrgica en honor de su Corazón, que se celebre en el primer viernes después de la octava del Corpus Domini, en reparación por todas las ofensas cometidas contra su Corazón adorable⁹⁷.

Es justo reconocer que, gracias a santa Margarita M^a, el culto al Corazón de Jesús ha experimentado en la Iglesia un continuo auge. Sin embargo, este culto no ha encontrado en las revelaciones de Jesús a su predilecta discípula su fuente primaria y su justificación dogmática. Esto lo ha advertido expresamente el mismo Papa Pío XII, que en la encíclica **Haurietis Aquas** observa:

«Una prueba de que este culto extrae su jugo vital de las mismas raíces del dogma católico consiste en que ha sido aprobado por la Santa Sede aun antes de que ésta aprobara los escritos de Santa Margarita M^a»⁹⁸.

Los Sumos Pontífices contribuyeron eficazmente al desarrollo del culto al Sagrado Corazón: fue Clemente XIII quien otorgó al Episcopado de Polonia y a la Archicofradía romana del Sagrado Corazón la facultad de celebrar su fiesta litúrgica. Pío IX extendió en el año 1856 la fiesta a la Iglesia universal. León XIII aprobó sus letanías y con la encíclica **Annum Sacrum**, del 25 de mayo de 1899, prescribió la consagración del género humano al Corazón Sacratísimo de Jesús, que se llevó a cabo el 11 de Junio del mismo año. Pío XI con la encíclica **Miserentissimus Redemptor** del 8 de Mayo de 1928, al confirmar el mensaje característico de Paray-le-Monial, no solamente promovió la **consagración** al Corazón adorable del Redentor, sino que también promovió la **reparación**, uniéndola a aquella otra, de infinito

⁹⁷ P. SANNAZZARO, Margherita María Alacoque, en Enciclopedia Cattolica. VIII (1952), col 74, citado por MARIO LUIGI, en Confirmación y desarrollo del CCC, 22-23.

⁹⁸ **Haurietis Aquas**, n. 46.

valor, que Jesús presentó al Padre en lo alto de la cruz. Pío XII, después de haber confirmado la doctrina y las prescripciones de sus predecesores, al constatar la desestima y el enfriamiento de tal culto, profundizó su significado antropológico y teológico, indicando en el Corazón físico del Verbo encarnado el símbolo natural de su triple amor hacia la humanidad.

El culto al Corazón de Jesús es el camino más eficaz para beneficiarse de la misericordia divina, especialmente si va unido al de la Eucaristía, que es el don más grande del amor y de la misericordia del divino Salvador. «La Iglesia parece reconocer en sumo grado la misericordia de Dios y venerarla al orientarse hacia el Corazón de Cristo, esto es, cuando se acerca a él y se une con él. Al acercarse a Cristo en el misterio de su Corazón nos permite detenernos un poco en este punto de la revelación del amor misericordioso del Padre, que ha constituido el contenido central de la misión mesiánica del Hijo del hombre...»⁹⁹.

El contexto dentro del cual la encíclica *Haurietis Aquas* menciona reiteradamente el amor de Cristo hacia el Padre¹⁰⁰ no pretende cargar el acento sobre el contenido religioso de la vida de Jesús o sobre la dimensión vertical de la caridad. Estos aspectos son asumidos dentro de una perspectiva que tiende a promover el culto al Sagrado Corazón.

Desde el punto de vista cristológico, la tesis fundamental de la encíclica parece ser la armonía íntima de Jesucristo: la armonía entre sus sentimientos, su vida espiritual humana y su naturaleza divina¹⁰¹. En razón de esta armonía, los fieles encuentran en el Corazón de Jesús el símbolo elocuente y el memorial del amor divino, y, en consecuencia, se sienten inspirados a corresponderle con su propio amor.

⁹⁹ M. LUIGI, o.c., 24-31.

¹⁰⁰ AAS XLVIII (1956) 321, 322, 327, 329, 330, 335, 337, citado por C. FOLCH GOMES, en *Confirmación y Desarrollo del CCC.*, e.c., 42.

¹⁰¹ Ibid., 324, 328, 344 (a este propósito se cita a STO. TOMÁS III, Q 15. a. 4; q. 18, a. 6).

Si en la época del monotelismo se hacía necesario recalcar la distinción ontológica entre la voluntad humana y la divina, en la única hipóstasis del Verbo encarnado; en la época de la **Haurietis Aquas** era necesario señalar su armonía dinámica, como también el contenido revelador de la humanidad de Jesús, que manifiesta la transcendencia del amor divino; y esto en contra de la difusión del naturalismo y de las tendencias que conducen a la extinción del sentido de Dios y de su gracia¹⁰².

Lo que se producía (y se produce) en la consciencia humana del Señor, repercutiendo en su Corazón físico —para reflejarse en su mirada, su semblante, su voz, sus gestos¹⁰³ etc.,— es la revelación del amor divino y eterno¹⁰⁴.

En oposición a las tendencias que en aquellas épocas defendían una autonomía psicológica exagerada, en el plano de la humanidad de Jesús, la **Haurietis Aquas** hace notar la estrecha unión del triple amor del Señor —el sensible, el espiritual-humano y el divino—, viéndolos subordinados el uno al otro, de tal forma que los dos primeros tienen una «similitud analógica» con el tercero, esto es, la caridad divina¹⁰⁵.

Sobre la base de esta perspectiva de la unidad psicológica y moral de Jesús, cuyo fundamento es la unión hipostática¹⁰⁶, la encíclica presenta su Corazón como el ejemplar supremo de nuestra caridad, y al mismo tiempo como el fundamento de su pasibilidad¹⁰⁷.

Ahora bien, la caridad divina tiene dos aspectos: es trinitaria, amor de Dios hacia Dios, y es amor de Dios hacia los hombres.

Este amor hacia los hombres es tratado más directamen-

¹⁰² Ibid., 311, 349.

¹⁰³ Ibid., 327 (s. Th. I-II, q.48, a. 4); etc., citado por C. FOLCH GOMES, o.c., 43.

¹⁰⁴ Ibid., 323, 333, etc.

¹⁰⁵ Ibid., 344.

¹⁰⁶ Ibid., 316, 324 (bis), 344.

¹⁰⁷ Ibid., 319.

te por la encíclica. Esto es lo que se ve más directamente reflejado en el Corazón de Jesús, en sus gestos de compasión hacia la muchedumbre y los individuos. Pero no olvidemos que se trata de gestos orientados hacia la obra de la Redención y, por consiguiente, hacia el sacrificio ofrecido al Padre por Jesús «con su Corazón amante y sumiso»¹⁰⁸, y cuyo fin era el de establecer el «pacto de amistad entre Dios y los hombres»¹⁰⁹, el pacto que les invita a devolver amor al amor divino y a buscar su unión con Dios hasta el punto de no formar sino un solo espíritu con Él¹¹⁰.

La encíclica se refiere también, aunque de forma menos explícita, al aspecto del amor de Jesús hacia Dios, viendo ahí una de las dimensiones que se reflejan en el Sagrado Corazón. Y así leemos: «Es a la vez humano y divino el amor que mora en el Corazón de Jesucristo..., pero me ha dado un cuerpo... Entonces dije: He aquí que vengo a hacer, oh Dios, tu voluntad...»¹¹¹.

Aquí no se carga el acento en la relación intradivina de amor entre el Verbo y el Padre, sino más bien en la unidad dinámica, divina-humana, según la cual Cristo ama al Padre y a los hombres. Lo que pretende el contexto es señalar el amor de Jesucristo, en cuanto que encierra resonancias divinas, en su condición encarnada, en cuanto que fluye de una vida interior, que es adorable por ser la del Verbo encarnado, y —como indica la encíclica— en cuanto que se traducen por expresiones sensibles, que jamás disuenan de la caridad divina. Por eso, durante los años transcurridos en la casa de Nazaret, Jesús conversaba sobre las cosas divinas con María y José, animado siempre por el mismo amor; después, en los años del ministerio, Jesús no dirigía sus afectaciones humano-divinas solamente hacia la obra del apostolado redentor, sino también hacia el Padre, en sus vigili-

¹⁰⁸ Ibid., 321.

¹⁰⁹ Ibid., 322.

¹¹⁰ Ibid., 311, donde se cita 1 Co. 6, 17.

¹¹¹ Ibid., 329, cita de Heb. 10, 5-7.10.

de oración; su Corazón se estremecía de amor hacia el Padre cuando manifestaba su celo por el templo, casa de oración; y, por fin, cuando dirigía al Padre las súplicas de la Pasión¹¹².

Así pues, de igual modo que en los famosos textos de san Juan, que ya hemos mencionado, la encíclica contempla siempre unidos y jerarquizados, en el Corazón de Cristo, «el amor misterioso del Verbo encarnado hacia su Padre celestial»¹¹³ y su misericordia para con los pecadores. He ahí por qué el culto al Sagrado Corazón es la escuela más eficaz de la caridad, la escuela en la que los hombres, las familias y las naciones aprenden el amor a Dios y al prójimo¹¹⁴.

Y añade la encíclica que no se trata de un culto dirigido únicamente hacia la vida interior del Jesús terreno, sino hacia la vida que persiste todavía en el Corazón del Redentor, que jamás cesará de latir con ritmo apacible e imperturbable¹¹⁵. Hoy como ayer, Cristo «ama y sigue amando a su Eterno Padre y a todos los hombres»¹¹⁶, su Corazón palpita con el triple amor y así es como expresa al Padre, con una ardiente caridad, sus plegarias en favor de los hombres.

Es de notar que en la encíclica está muy presente la doctrina de la unión hipostática, entendida tradicionalmente como la hipóstasis de lo humano en la Persona del Verbo, y de tal forma que toda la psicología humana de Jesús supone como su centro, no ya un «yo» autónomo, sino el del Verbo en cuanto encarnado. No se habla de forma explícita en la encíclica, pero se la percibe a través de toda ella y sirve de base a su concepción de la armonía entre el amor humano y el amor divino de Cristo. No hay que olvidar que la encíclica se redactó cuando esta problemática de la unidad psicológica de Cristo era objeto de vivos debates.

¹¹² Ibid., 329-331.

¹¹³ Ibid., 322.

¹¹⁴ Ibid., 352.

¹¹⁵ Ibid., 329, 336, 337.

¹¹⁶ Ibid., 327.

La doctrina de la **Haurietis Aquas** supone siempre que el amor humano de Jesús fluye de su naturaleza humana en cuanto hipostasiada por el Verbo»¹¹⁷. En Cristo, el corazón que palpita a impulsos del amor o de cualquier otro sentimiento está considerado siempre en cuanto unido hipostáticamente a la Persona divina del Verbo; es el «Corazón del Verbo encarnado»¹¹⁸.

El Corazón de Jesús refleja en cierta forma la imagen de la divina Persona del Verbo y de su doble naturaleza, humana y divina. Los actos de Jesús son humanos, pero conllevan una referencia al Sujeto del que emanan, y esa referencia les hace ser transcripciones humanas del modo de ser propio de la Persona del Verbo.

II. EL CORAZÓN EN LA BIBLIA: CENTRO DE LA PERSONA HUMANA

El Sagrado Corazón, expresión que no es bíblica, es la expresión del estado y del comportamiento de un ser, cuyas facultades interiores están por entero asumidas por el Dios santísimo. Se trata mucho más de lo más íntimo del hombre que del corazón del hombre y sus latidos¹¹⁹.

En la antropología elemental de los pueblos del Medio Oriente, el corazón no es el símbolo «natural» del amor, sino el centro de toda la vida psíquica y moral del hombre, es decir, de su personalidad.

El término «corazón» figura 858 veces en los textos, en hebreo y en arameo, del A. T., y 148 en el N. T.; en los textos del Qumrân, más de 120 veces.

El «corazón» es el vocablo que con mayor riqueza y elasticidad describe la intimidad del hombre: en la máxima «el

¹¹⁷ S. Th. III, q. 19, a. 1, citado por C. FOLCH GOMES, o.c., 46.

¹¹⁸ Haurietis Aquas, loc. cit., 327, («incarnati Verbi Cor»), 343, citada por C. FOLCH GOMES, o.c., 46.

¹¹⁹ H. CAZELLES, «El corazón en la Biblia» en Cor Christi, e.c., 219.

hombre mira las apariencias, pero Yahvéh mira el corazón» (1 S 16,7) se expresa claramente la idea de que el hombre puede juzgar el aspecto exterior del hombre, pero Dios nos penetra en lo íntimo, «ve en lo secreto», dice Jesús (Mt 6,4.6.18). El corazón viene a ser la fuente y la sede de la vida espiritual y emotiva en sus más variados aspectos.

El corazón es la sede de las decisiones y de los proyectos del hombre (2 S 7,4; 1 R 8,17; Is 10,7; etc.).

La importancia del corazón en la antropología bíblica aparece también por su gran relieve en la descripción de la vida religiosa y moral (Pr 4,23), (Is 57,17-18), (1 R 8,39; 2 Cro 6,30), (Sal 7,11; 11,2; 24,4; etc.).

En 26 textos del A. T. se habla del corazón de Dios, el cual tiene analógicamente las mismas funciones del corazón humano. (Gn 6,6); (Os 11,8), (Gn 8,21), (Is 63,4; Sal 33,11).

Para la antropología del A. T., el corazón expresa globalmente a la persona humana: su inteligencia, conciencia, voluntad, emotividad; es la síntesis y la plenitud del «hombre interior». «El hombre vale lo que vale su corazón» (Dhorme).

El N. T. se mantiene en la línea del A. T., discrepando por el uso del griego, que es la lengua de su texto original.

En el corazón tienen su origen los sentimientos y los afectos, la concupiscencia y las pasiones, el amor, la alegría, el dolor, los deseos, etc; del corazón nacen los pensamientos y las opciones (Mc 7,21-22), (1 P 3,4), (1 Ts 2,17; 2 Co 5,12).

En el corazón se hallan:

- la turbación y el miedo (Jn 14,27)
- la tristeza y el dolor (Jn 16,6; Rom 9,2)
- la alegría (Jn 16,22; Hch 4,32)
- la ira (Hch 7,54)
- el orgullo (Lc 1,51)
- los deseos (Mt 5,28)
- las sospechas (Lc 24,38)
- los recuerdos y las reflexiones (1 Co 4,5; 7,37; 2 Co 9,7).

Un solo texto del N. T. habla expresamente del corazón (Kardía) de Cristo, en Mt 11,29: «Cargad con mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón».

Otro texto que se refiere directamente al corazón de Jesús, sin usar el término específico, es Flp. 1,8. Pablo dice de sus amadísimos filipenses: «Bien sabe Dios cuánto os añoro a todos vosotros en las entrañas de Cristo».

Las entrañas, en el lenguaje bíblico, son la sede de las pasiones y, sobre todo, del amor. «Entrañas» es un plural abstracto que significa piedad, compasión; el singular se refiere al seno materno.

El texto de la carta a los Filipenses, en el conjunto de la teología paulina, puede muy bien interpretarse del Corazón de Jesús, que los hombres han conocido sobre todo en su inmolación en la cruz.

En el apócrifo **Testamento de los XII Patriarcas**, que, en estos últimos años, ha vuelto a llamar la atención de los estudiosos gracias a los descubrimientos del Qumrán, se afirma que, al final de los tiempos, Dios enviará «sus entrañas sobre la tierra» (Lv 4,4); y en una glosa cristiana a Zab 8,2 inspirada en Lv 1,78, se dice que Dios ha visitado a todas las gentes «en las entrañas de su Hijo».

En estas raídas anotaciones se pueden encontrar nuevas razones para proponer la devoción al Corazón de Jesús con toda la riqueza del lenguaje y de la revelación de la Biblia¹²⁰.

III. LOS SS. PADRES: EL CORAZÓN EN LA PATRÍSTICA

Las investigaciones sobre el Corazón de Jesús en la literatura patrística se han visto condicionadas por la preocupación que la devoción moderna al Sagrado Corazón tenía de

¹²⁰ S. GAROFALO, «El corazón en la Biblia centro de la persona humana», en *Cor Christi*, e. c., 222 ss.

situarse dentro de la tradición de la Iglesia. Ésta es la razón de que, a veces, los autores más antiguos muestren una tendencia exagerada a encontrar por todas partes el Corazón de Jesús.

Con los estudios patrísticos se ha creado poco a poco una conciencia más viva de la mentalidad de los Padres y de los escritores en el curso de los primeros siglos. Esta mentalidad se aplica esencialmente a escrutar la Escritura; en ella encuentra símbolos, que interpreta con gran libertad, a la vez que con un sentido profundo de la revelación progresiva de Dios y de su amor.

En todo el mundo cristiano de Oriente y Occidente, de los seis primeros siglos, nos encontramos con rápidas alusiones o breves explicaciones acerca del «corazón» y de la interioridad de Cristo.

El término principal que aparece en la patrística es «Kardía», cuyos significados son múltiples y más ricos que «Cor».

El corazón es la sede de los afectos y de la voluntad —en este sentido se habla del corazón de Cristo—. También se habla según un significado simbólico. El corazón significa también espíritu —visible de Dios— que Conoce la ley natural —susceptible de ser iluminado por Dios. Significa, además, alma —imagen de Dios—, origen de actos morales —sometida, también, a los espíritus buenos y a los malos—. Asimismo es la sede de la presencia divina.

«Cor» es el órgano motor de la vida física y, también, en sentido lato, de la inteligencia. Traduce la fuerza y el vigor y también la parte más íntima del hombre.

Son numerosos y, sobre todo, se entrecruzan entre sí. Con frecuencia parten de la Escritura: Jn 7, 38; Jn 19, 34; Cant 4, 9; Ex 17, 1-7; 1 Co 10, 4; 13, 25; y 21, 20.

En Juan 7,38 Orígenes creyó que la frase bíblica se refería al creyente sediento. No se hace mención a la fuente primera en la que el creyente había bebido. Orígenes desarrolló esta interpretación. La fe vendrá a ser gnosis. El agua

viva será el agua de la doctrina, que se desbordará del gnóstico sobre sus hermanos. (Quien cree en Él, tiene en sí no sólo un pozo... sino también ríos (Gen 12,1). También se dice que ese río es el Espíritu Santo; a quienes se les dé, de ellos brotarán ríos.

San Atanasio hace suya esta exégesis; lo mismo hacen **Dídimo el Ciego**, **Cirilo de Jerusalén** y los **Capadocios**, especialmente **Gregorio de Nisa**.

Para **Ambrosio**, el lugar espiritual en el cual Cristo derrama el agua viva, el Espíritu, es el interior del hombre que, para él, equivale al Paraíso.

Los demás autores latinos adoptarán esta exégesis (**Jerónimo**, **Cesáreo de Arlés**); para ellos, las corrientes de agua viva son los flujos del conocimiento de la Escritura, que se desbordan en la enseñanza a los demás. (Quienes gustaren sinceramente el agua de la fuente viva, derramarán ríos del interior del corazón y ofrecerán a los hermanos benefactoras reservas).

La otra interpretación del texto joánico es la que **Hugo Rahner** llama «efesina». Según ésta, las aguas vivas fluyen del seno de Cristo. Se la encuentra en **Hipólito de Roma**, en su **Comentario sobre Daniel**, 1,17.

Para **Ireneo**, el agua, el Espíritu Santo, fluye hacia nosotros desde el corazón de Cristo.

Iguales testimonios encontramos en las **Actas de los Mártires de Lyon y de Vienne**.

Para **Justino**, en su **Diálogo con Trifón**, Cristo es la roca espiritual. Llama a Cristo preferentemente «el traspasado».

En África, **Cipriano de Cartago** une estrechamente las fuentes del Paraíso y la Iglesia.

Ambrosio dice: «Bebe de Cristo, porque es la roca de la que fluyen las aguas; bebe de Cristo, porque es la fuente de vida; bebe de Cristo, porque es la paz; bebe de Cristo, porque de su seno brotan ríos de agua viva», (*Explanations in Psalmum 33*; CSEL 64, 29).

En el año 432, en el baptisterio de Letrán, se podía leer:

«Aquí está la fuente de la vida, que lavó el mundo entero, tomando su principio de la herida de Cristo».

Varios son los Padres que consideran el costado traspasado como lugar donde nació la Iglesia, como Eva de Adán, y que la Iglesia es la nueva Eva nacida del nuevo Adán que duerme su sueño en la cruz.

Tertuliano dice: «El sueño de Adán fue una figura del sueño de Cristo, que se durmió en la muerte para que, por una herida semejante de su costado, se formase la Iglesia, verdadera Madre de los vivientes» (De Anima, 9; CSEL 20, 372). Esta idea se prolonga en san Agustín y pasa a la catequesis popular, creando, entre los cristianos, el clima de la Ecclesia Mater, nacida, ella misma, del amor de Cristo, que es un elemento de la devoción al Corazón de Jesús.

Atraídos por el misterio, los Padres vieron en san Juan el contemplativo que saca del Corazón del Señor las aguas vivas. La reflexión sobre Juan 13, 23, cuyo punto de partida parece ser también Orígenes, se extiende a **san Ambrosio, san Juan Crisóstomo, Paulino de Nola, Agustín, Gregorio de Tours, Gregorio el Grande**. Juan es el que bebe en el «principale cordis» los tesoros de ciencia y sabiduría (Orígenes); el que mejor manifiesta la divinidad de Jesús (Orígenes); el que del seno de Jesús llega al seno del Verbo y al seno del Padre (Orígenes); el que conoce los misterios de la sabiduría divina (Ambrosio); es el hijo del trueno, que bebió de la fuente divina (Crisóstomo); que bebe las cosas más secretas de lo íntimo del Corazón (Agustín); el que siendo el único que descansó sobre el pecho del Señor, fue el primero en descubrir la resurrección de su cuerpo, (Paulino de Nola).

Gregorio Niceno, comentando el Cantar de los Cantares, dice: «Quien, durante la Cena, reposó sobre el pecho del Salvador, saboreó la leche de la doctrina del Verbo y sumergió su corazón en esta fuente de vida, como esponja que se empapa en el agua totalmente impregnado de los misterios que Cristo le da a conocer de manera realmente

inefable, el Apóstol se nos presenta con el alma desbordante de los dones que recibió del Verbo y que bebió en su verdadera fuente».

Hesychius de Jerusalén dice: «Experimentó cómo el dolor llegaba hasta su corazón, por amor a nosotros; por eso decía: Mi alma está triste hasta la muerte» (In Psalmos; P. G. 93, 1318).

En un manuscrito siriaco del siglo IV, de autor desconocido, se lee: «Su corazón se llenó de tristeza a causa de nuestras iniquidades, es decir, por efecto de su amor por las criaturas expuestas a perderse...», (**Patrología Siríaca**, I, t. III, 562).

Hilario de Poitiers introduce, en el sufrimiento de Cristo, el aspecto del «consuelo» que debemos ofrecerle: «Esperé a alguien que se compadeciera conmigo y nadie quiso hacerlo...» (Sal 58, 21).

Teodoreto, obispo de Cyr, hace este comentario al Cantar de los Cantares: «...Llama al día de su muerte el día de la alegría de su corazón» (In Cant., P. G. 81, 127).

Gregorio el Grande comenta el mismo texto, añadiendo una nota material y eclesial: «El día en que se realizó esta unión (de la encarnación) es el día de su desposorio; fue un día de gozo para su corazón» (In Cant., P. L. 79, 507).

San Juan Crisóstomo: El corazón del cristiano debe ser, a imitación del corazón de Cristo, «ese corazón más alto que los cielos, más ancho que la tierra, más resplandeciente que el rayo luminoso y más ardiente que el fuego... Podemos afirmar que el corazón de Pablo era el corazón de Cristo» (Ad Romanos, Hom. 32; P. G. 60, 679-680).

Gregorio el Grande será uno de los autores citado frecuentemente, alimentará la piedad de la Edad Media. La vinculación que establece entre el corazón, el amor y el fuego, volverá a aparecer tardíamente en el culto al Corazón de Cristo.

Establecer una relación directa entre la devoción al Corazón de Jesús y las obras patrísticas no es posible; el co-

mentario al Cantar de los Cantares da ocasión, entre otros pasajes, a comentarios en que se insiste en las relaciones de Cristo y el alma. Es un camino de aproximación indirecta hacia el Corazón de Jesús.

Cristo se nos presenta con «heridas» y «cicatrices», para curar la incredulidad de nuestros corazones. Llagas sangrientas o dolientes continúan existiendo después de la resurrección de Jesús. Llevan a la devoción, a la compasión y al amor.

Para san Agustín y para otros, el soldado (centurión y más tarde evangelista de Capadocia) perforó el costado derecho.

Nos encontramos con toda una corriente que relaciona la devoción al Corazón con esas aguas.

«No fue sino en forma tardía y por destellos repentinos, como el pensamiento de los Padres de la Iglesia se dirigió hacia el corazón vulnerado. Los contemplativos y maestros de la vida espiritual de la Edad Media comenzaron tímidamente a orientar su propia devoción y la de almas selectas en esta dirección» (L. GOUGAUD, *Dévotions et pratiques...* p. 90.)¹²¹.

Las divisiones históricas que van cortando el tiempo de siglo en siglo, no tienen sino un valor relativo. Ayudan a caracterizar períodos que presentan caracteres particulares que les son propios. Puede observarse en los siglos XI y XII la importancia de las órdenes religiosas, quienes con matices particulares, llevan a profundizar en el misterio del Corazón.

La contemplación adquiere una calidad afectiva más pronunciada que en el pasado.

Guillermo de Saint Thierry: «Por la puerta abierta de vuestro costado queremos entrar por entero hasta vuestro Corazón, esa sede segura de la misericordia.... Abrid, Señor, la puerta hecha en el costado de vuestra arca»... «Al acercarse a la feliz herida del costado, a esa puerta abierta en el lado del arca, no solamente meteré el dedo y la mano, sino

¹²¹ Citado por G. DUMEIGE, «El tiempo de los Padres», en *Cor Christi*, e. c., 24.

que penetraré todo entero hasta el corazón mismo de Cristo...» (**Medit. orationes**, VI, VIII: **De contemplando Deo**, 1; P. L. 180, 225, 229; P. L. 184, 368).

Los contemplativos pasarán de la ofrenda del corazón al intercambio de corazones. Lutgarda recibe esta gracia mística. Ella sacará del Corazón la fuerza para orar por los pecadores.

Posteriormente la contemplación del Corazón está íntimamente unida a la Eucaristía, la cual aparece como el don del corazón lleno de misericordia.

La mística, más que la teología (que se orienta hacia la escolástica), alimenta la experiencia religiosa.

Gertrudis la Grande pregunta a san Juan en los Maitines de su fiesta: «¿No experimentaste el encanto de los latidos del Corazón divino, cuando en la Cena descansaste sobre su pecho? Y ¿por qué guardaste a ese respecto un silencio tan absoluto, hasta el punto de no haber escrito nada que lo diera a entender?». La respuesta de san Juan tiene un valor instructivo especial: «Mi misión consistía en ofrecer a la Iglesia, todavía en sus primeros tiempos, una palabra sencilla acerca del Verbo increado de Dios... Respecto a lo que esos latidos expresan de dulzura, quedaba reservado a los últimos tiempos el darlos a conocer para que el mundo, embotado por la edad, vuelva a recuperar algún ardor al escuchar esos misterios»¹²².

La idea de una maduración de los tiempos y de una revelación que tendrá lugar en el correr de las edades, se hace presente aquí.

Los escritos de santa Gertrudis dan abundantes imágenes sobre el Corazón de Jesús.

Sin tratarse de una «misión», algunos místicos piensan que se les confía una tarea de propaganda y apostolado.

Margarita de Cortona recibe la invitación de expandir la práctica de la devoción: «Di a mis hermanos menores que

¹²² Ibid., 36.

sus almas se apresuren a penetrar en mí por el amor... Quienes desean penetrar en él, comiencen por mí pesebre y continúen, con compasión de corazón, meditando sucesivamente hasta el suplicio final de mi Pasión. En cada una de las etapas de mis dolores, que se mantengan en la contemplación del amor de mi Corazón ardiente» (Act. Sanct., III, ad. d. 22).

San Alberto Magno en el siglo XIII había mantenido muy fuertemente la vinculación entre la devoción y la teología. «Con la sangre de su Corazón, el Señor regó el jardín de la Iglesia, al hacer brotar al mismo tiempo los sacramentos de su Corazón» (De Eucharistia, d. 2, tr. 2, c. 5, B 28).

Santa Catalina de Siena también tiene una gran influencia en esta espiritualidad del Corazón de Jesús: experimenta los estigmas (invisibles) y penetra en el Corazón de Jesús. Llegará hasta verse «privada de corazón», al quitárselo el Señor de su pecho. Se le devolverá el corazón: «Ayer te quité tu corazón. Ahora te doy mi corazón para que vivas siempre de él» (Act. Sanct., in d., 907).

La inmanencia del Corazón de Cristo y del corazón del hombre es confirmada por Suso: «Este corazón divino se inclinaba a mi propio corazón de manera espiritual; no sé cómo. Mi corazón se hallaba encerrado en el Corazón divino» (Richtätter, 109).

A finales de la Edad Media Dionisio el Cartujo, teólogo alemán: «...Señor os pido que me deis un corazón según vuestro corazón, un corazón, en fin, que Vos santificaréis en vuestro Corazón, que Vos amarraréis al vuestro y que en el vuestro lo recibiréis...» (cit. por Stierli, 115)¹²³.

En el año 1675 a santa Margarita M^a. el mismo Jesús le pide instaurar la solemnidad del Sagrado Corazón y que se celebre el viernes siguiente a la fiesta de Corpus Christi (fiesta solicitada por Cristo a Juliana de Cornillon, siglo XIII).

El primer viernes de Febrero de 1689 se celebró por pri-

¹²³ Citado por G. DUMEIGE, o.c., 40.

mera vez, en el monasterio de la Visitación de Dijon, una misa en honor del Sagrado Corazón. Fue el 30 de Marzo de 1697, por el decreto «Gebennen», por el cual se autorizaba solamente a los capellanes de las Visitandinas, a que celebraran una misa el viernes siguiente a la octava de Corpus Christi.

A este deseo de instaurar la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús en toda la Iglesia con Misa y Oficio propio se suma la Iglesia de Polonia en la persona de Monseñor Constantin Szaniawski, obispo de Cracovia, en 1726; más tarde por el rey Augusto II, el rey de España, obispados, arzobispados de toda Europa, Cofradías, etc... La santidad y la dignidad de este culto proviene de su objeto y de su finalidad. El corazón del Salvador, unido al alma y a la persona del Verbo divino, constituye el más sagrado y digno objeto reconocido como tal por la tradición y confirmado por Cristo mismo en numerosas apariciones.

Fue el P. Gallifet 1729 quién defendió vivamente en Roma en la Congregación de Ritos se estableciera una Misa y Oficio en honor del Sagrado Corazón.

La respuesta negativa de la Congregación de Ritos en 1729 retrasó la instauración oficial de la fiesta del Sagrado Corazón, pero no detuvo la expansión del culto.

No existe, en la persona de Cristo, objeto más digno de culto que su Corazón santísimo, un corazón que expresa con tanta profundidad y con tanta intensidad su amor y su sufrimiento. Los ultrajes de que es objeto en el Santísimo Sacramento deben movernos a repararlos mediante la institución de una fiesta con carácter reparador y de satisfacción por las ofensas.

No se trata de una solemnidad nueva, puesto que el culto público del Corazón de Jesús se practica desde largo tiempo en la Iglesia. Prueba de esta veneración la dan las cofradías erigidas canónicamente, las iglesias, las capillas y los altares consagrados al Sagrado Corazón. No se cansan los distintos obispos de dar razones a la Congregación de Ritos a fin de que establezca rituales propios de Misa y Oficio.

La Sagrada Congregación decide dar curso a la petición de los obispos del reino de Polonia y de la Archicofradía de Roma, concediéndoles la autorización para que «celebre solemnemente la fiesta del Sagrado Corazón con una Misa y Oficio propios». Clemente XIII, el 6 de Febrero de 1765.

«Después de doscientos años, contemplamos con nuestra admiración y gratitud la iniciativa de nuestros antepasados, que solicitaron de la Santa Sede la introducción de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús..., el Corazón del Hombre-Dios, abierto por la lanza del centurión. Abierto para todos los que se abren a El...».

Carta pastoral del 11 de Junio 1965, el entonces Arzobispo de Cracovia, Monseñor Karol Wojtyla.

La extensión universal de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús fue instaurada en 1856¹²⁴.

IV. CRISIS DE LA DEVOCIÓN AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

1) La crisis y su recuperación

Cuando el Papa Pío XII, hace veinticinco años, dirigía la encíclica **Haurietis Aquas** a toda la Iglesia, perseguía un gran proyecto: el de devolver al culto al Corazón de Jesús el impulso y la importancia que merece en un momento esencial de la historia de la Iglesia y del mundo.

El Papa no se deja vencer por las dificultades, y el final de su encíclica es una llamada a todos los creyentes:

«Vivamente estimulado por el anhelo de poner un sólido dique a las perversas maquinaciones

¹²⁴ ID., 12-59.

de los enemigos de Dios y de la Iglesia y de hacer volver a la familia y a la sociedad al amor de Dios y del prójimo, no vacilamos en declarar que el culto al Sagrado Corazón de Jesús es una escuela muy eficaz de amor divino: de ese amor divino sobre el que debe asentarse el Reino de Dios que hay que establecer en las almas, en las familias y en las naciones»¹²⁵.

Esto es lo que proclamaba el Soberano Pontífice en 1956, casi en vísperas del Vaticano II.

«En presencia de tantos males como, hoy más que nunca, afligen tan amargamente a los hombres, a las familias, a las naciones, ¿dónde buscaremos remedio? ¿Acaso es posible encontrar una forma de piedad que sea superior al culto del Sagrado Corazón de Jesús, que responda... es la condición indispensable para establecer una verdadera paz entre los hombres?»¹²⁶.

La encíclica **Haurietis Aquas** se escribió en un momento en que la devoción al Corazón de Jesús se mantenía todavía viva en las formas de piedad del siglo XIX, aunque se vislumbraba ya con claridad una crisis de dichas formas.

Se vislumbraba un cambio en la espiritualidad que respondía a un tipo de teología, orientada por entero a la Sagrada Escritura y a la Patrística y deseosa de atenerse estrictamente a los principios básicos y objetivos del cristianismo; los rasgos aportados por la Edad Moderna basados en el aspecto emocional tenían que retroceder o ser reabsorbidos en formas más objetivas.

¹²⁵ Haurietis Aquas, n. 65.

¹²⁶ Ibid., 62.

Ello suponía, ante todo, un cuestionamiento tanto de la devoción mariana como de otras devociones cristológicas de impronta moderna, por ejemplo el Via Crucis o la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, que había de retroceder o buscar nuevos cauces.

Desde la penetración del movimiento bíblico y litúrgico se desplegaron notables esfuerzos para fundamentar bíblica y patristicamente la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y la devoción mariana, profundizándolas, poniéndolas en consonancia con los orígenes cristianos y salvando así el legado de la Iglesia de la Edad Moderna.

Merece especial mención Hugo Rahner que buscó nuevos fundamentos a la devoción al Corazón de Jesús, conectándola con la exégesis que los Padres hacían de Jn 7,37-39 y Jn 19,34. Son dos perícopas que hablan del costado abierto de Jesús, de la sangre y del agua que de él brotaron. Ambos textos expresan el misterio pascual: del Corazón traspassado del Señor brota la fuente de vida, que son los sacramentos; el grano de trigo que muere da la espiga y su fruto es la Iglesia viva a través de los siglos.

Estos dos textos son también una expresión de las relaciones entre la cristología y la pneumatología. El agua de la vida que brota del costado del Señor es el Espíritu Santo: el Espíritu Santo es fuente de vida. Saltan a la vista las relaciones entre la cristología, la pneumatología y la eclesiología, porque Cristo se comunica en el Espíritu Santo, y el Espíritu Santo es quien hace del polvo un cuerpo viviente, es decir, congrega y funde en un organismo el amor de Jesucristo a los hombres dispersos y separados. Al Espíritu Santo se debe que la sentencia de Adán «Los dos formarán una sola carne» adquiera un nuevo significado en el segundo Adán: «El que se une al Señor es un solo espíritu con él» (1 Cor 6,17).

Hugo Rahner trató de probar con sus estudios que la devoción al Sagrado Corazón de Jesús no es otra cosa que fijación en el misterio Pascual, como lo hacía el movimiento litúrgico.

La encíclica **Haurietis Aquas** comienza con la sentencia profética de Isaías 12,3, cuyo cumplimiento pregona el Señor en Jn 7,37-39, aplicándola a su misterio pascual.

Desde las palabras iniciales, asume los empeños de hombres como Hugo Rahner, interesándose por superar el dualismo peligroso a que se había llegado entre la devoción litúrgica y la piedad del siglo XIX. Ambas deben fecundarse recíprocamente, relacionarse fructuosamente y no desgajarse cada una por su lado.

La encíclica tenía manifiesta conciencia de que las reflexiones de Hugo Rahner no bastaban por sí para una nueva fundamentación y para la pervivencia de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Porque Hugo Rahner había expuesto con una claridad convincente que la devoción al Corazón de Jesús hace referencia a una realidad bíblica central y constituye la devoción pascual.

La gran figura del costado abierto de Jesús, del que fluyen sangre y agua, la presentó Hugo Rahner como la nueva imagen de la devoción, como el icono bíblico de la devoción de la cristiandad al Corazón de Jesús, invitando a las almas a contemplarlo y a poner en práctica las palabras del profeta Zacarías (12,10), citadas por Juan mismo en este contexto: «Volverán sus ojos hacia aquel que ha sido traspasado» (Jn 19,37; Apoc 1,7; Jn 3,14).

Pero Rahner no se ocupó de dos aspectos fundamentales. Veámoslos.

1º.- En los textos Jn 7 y Jn 19, que Rahner escogió para fundamentar bíblicamente la devoción al Sagrado Corazón, no aparece el término «corazón».

Para quienes presuponen la devoción al Corazón de Jesús como realidad de la Iglesia, pueden servir las dos perícopas para profundizarla y fundamentarla, porque exponen de hecho el misterio del Corazón. Pero no bastan por sí para explicar por qué ocupa el Corazón del Señor el centro de la imagen pascual.

2º.- Otro aspecto más radical. Si la devoción al Corazón

de Jesús es un modo de la devoción pascual, ¿qué le queda de específico? ¿No será superfluo vaciar el misterio pascual en moldes figurativos y sentimentales, en vez de acudir a donde realmente se realiza «in mysterio», es decir, a los sacramentos, a la liturgia de la Iglesia? ¿No será esa devota contemplación sentimental, esa «presencialización» por el sentimiento del misterio pascual, una forma secundaria de piedad cristiana, una mística secundaria frente a la mística primaria del Misterio, que es la liturgia? ¿No se basará toda ella simplemente en la ignorancia y desconocimiento de la mística primaria, en que ésta no se comprendía dado el anquilosamiento de la antigua liturgia? ¿No resulta caduca en la medida en que ésta se renueva y reaviva?¹²⁷.

2) Elementos para una nueva fundamentación de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús según la Encíclica «Haurietis Aquas»

Las cuestiones mencionadas han inducido tras el Concilio a pensar que resulta caduco cuanto se dijo antes de la reforma litúrgica. Es una opinión que de hecho ha contribuido ampliamente a menguar la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Se trata de una mala interpretación del Vaticano II, porque la encíclica **Haurietis Aquas** había respondido a todas esas cuestiones, y su respuesta no se limitaba, sino se presuponía en la reforma litúrgica del Concilio.

Se hace necesaria una nueva reflexión sobre su doctrina (**H. A.**). Nos invita a ella y la requiere imperiosamente la situación de la piedad de la Iglesia actual. Me gustaría destacar sencillamente las respuestas esenciales de la encíclica a

¹²⁷ J. RATZINGER, «El misterio Pascual, raíz y objeto más hondo de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús», en *Confirmación y desarrollo del Culto al Corazón de Cristo*, Madrid 1982, 135-138.

las cuestiones propuestas y esclarecer y prolongar sus líneas a la luz de la labor teológica posterior.

2.1 La Teología de la Encarnación

La encíclica desarrolla una antropología y una teología de la corporeidad, donde ve los fundamentos filosóficos y psicológicos del culto al Corazón de Jesús. El cuerpo no es algo puramente exterior, que está junto con el espíritu o el alma. El cuerpo es más bien la autodicción del espíritu, es su «imagen». Lo que constituye la vida biológica es en el hombre el constitutivo de su personalidad. La persona se realiza en el cuerpo y, por ende, el cuerpo es su expresión, donde se vislumbra lo invisible del alma.

Ahora bien, siendo el cuerpo lo visible de la persona, y la persona la imagen de Dios, el cuerpo resulta en el conjunto de todas sus dimensiones el espacio donde lo divino se configura, se hace narrable, se cristaliza en concreto.

Desde el principio presenta la Biblia el misterio de Dios en imágenes del cuerpo y del mundo ordenado al cuerpo.

La Biblia no crea convencionalmente, de una manera externa, imágenes de Dios, sino que emplea las cosas corporales como imágenes y habla en comparaciones y parábolas de Dios, porque son constitutivamente imágenes divinas.

Estas imágenes, empleadas para escribir la historia de Dios con los hombres, no alienan el mundo corpóreo, sino que descubren el núcleo de lo que realmente son las cosas, apunta a su íntima esencia y hace a Dios visible en donde Dios mismo se expresa realmente.

La aceptación del mundo humano en el lenguaje bíblico, la aceptación de la persona que corporalmente se expresa, y su transformación en parábola e imagen de Dios mediante el kerigma bíblico, es, por así decirlo, una encarnación anticipada. En la Encarnación del Logos se consuma lo que

desde el principio está ya en marcha en la historia sagrada. La Palabra asume constantemente la carne, la hace propia, la convierte en su espacio vital. La Encarnación sólo puede darse porque la carne es ya de por sí y siempre la forma expresiva del espíritu y susceptible de ser morada de la Palabra. Por otro lado la Encarnación del Hijo confiere al hombre y al mundo visible su radical y definitiva significación específica¹²⁸.

Con esta filosofía y teología de la corporeidad completa la encíclica el aspecto pascual, que había dominado ya en Hugo Rahner.

La Encarnación no subsiste por sí, ya que apunta por esencia a la transcendencia y del mismo modo a la dinámica del misterio pascual.

La Encarnación se basa en la paradoja del amor de Dios que transciende en la carne y en la pasión del ser humano; el cuerpo es movimiento que se sobrepasa a sí mismo en el espíritu, y el espíritu en Dios.

La contemplación de lo invisible en lo visible es un fenómeno pascual. La encíclica la ve resumida en Jn 20,26-29: Tomás, que necesita ver y tocar para creer, pone su mano en el costado abierto del Señor y al palpar reconoce lo impalpable y lo toca realmente. Tomás mira lo invisible y lo ve realmente: «Señor mío, Dios mío» (20,28). Es lo que la encíclica ilustra con unas bellas palabras de la «Vid mística» de san Buenaventura, que constituye uno de los puntos de referencia perennes en toda devoción al Sagrado Corazón de Jesús: «La herida del cuerpo muestra, por tanto, la herida espiritual... Contemplemos también nosotros por la llaga visible la invisible llaga del amor»¹²⁹.

Todo, en definitiva, queda así pascualmente orientado. Pero salta a la vista el fundamento del misterio pascual, su presupuesto ontológico y psicológico: las relaciones cuer-

¹²⁸ AAS 38 (1956), 316 s.; 237, 336, 334, 350, citada por J. RATZINGER, o.c., 140.

¹²⁹ S. BUENAVENTURA, *Vitis mystica*, c. 3, 4 (edición Quaracchi VIII, 163 b).

po-espíritu, Logos-espíritu-cuerpo, relaciones que hacen del Logos encarnado el hilo conductor que, viéndolo, sintiéndolo y experimentándolo, nos permite seguir adelante y avanzar. Todos nosotros somos el Tomás incrédulo, y todos podemos, como él, tocar el Corazón abierto de Jesús y tocar así al Logos mismo. Contemplando ese Corazón, con la mano y los ojos puestos en él, podemos llegar a la profesión de fe: «Señor mío y Dios mío»¹³⁰.

2.2) La Función de los sentidos y del sentimiento en la devoción

Nos encontramos con la conclusión lógica básica que saca la encíclica de su teología de la corporeidad y de la encarnación: el hombre necesita contemplar, interiorizar, los misterios divinos con una contemplación íntima que es como un tocar y palpar la realidad. El hombre tiene que subir por la escala del cuerpo, donde está el camino que lleva a la fe.

La llamada piedad objetiva de las solemnes celebraciones litúrgicas no basta. La extraordinaria hondura anímica, que la mística medieval y la gran devoción eclesial de la Edad Moderna ha logrado, no puede tacharse de superada o descaminada en nombre de un redescubrimiento de la Biblia y de los Padres. La misma liturgia si no va acompañada de una mirada absorta, con la que el corazón comienza a ver y entender, de suerte que incluso los sentidos están comprometidos en la contemplación cordial, porque «sólo con el corazón se ve bien», como le hace decir Saint-Exsupéry al Principito, todo un símbolo de ese «hacerse niños» para redescubrir lo peculiarmente humano, que se escapa de las redes de la razón pura.

La teología de la corporeidad, que expone la encíclica, es una apología del corazón, de los sentidos y del sentimiento

¹³⁰ J. RATZINGER, o.c., 139-141.

en general, y particularmente en el campo de la piedad. En Ef 3,18 s; menciona la encíclica «a fin de que os fortalezcáis para comprender con todos los santos lo ancho, largo, alto y profundo de la caridad de Cristo, que sobrepuja todo entendimiento».

Ya en la época patrística este pasaje de Efesios indujo a subrayar los límites de la razón. Surge la frase «conocer ignorando», que daría paso a la «docta ignorantia».

Es la mística de las tinieblas, donde sólo el amor tiene ojos¹³¹.

Muchos otros textos podrían citarse al respecto: «Amor ipse notitia est» (san Gregorio Magno); «el amar es ojo y amar es ver» (Ricardo de san Víctor).

«Para interiorizar, preciso es considerar que el amor de Dios no es sólo espiritual». Las aserciones del A. T., y particularmente de los Salmos y del Cantar de los Cantares, son expresiones de un amor completamente espiritual, «mientras el amor que redunde de los Evangelios, Hechos de los Apóstoles y del Apocalipsis no es meramente espiritual, sino también expresión del amor humano sensiblemente estructurado..., puesto que la Palabra de Dios no asumió un cuerpo ficticio ni imponderable»¹³².

Se nos invita a una devoción ligada a los sentidos en consonancia con la corporeidad del amor humano-divino de Jesucristo. Para la encíclica, la piedad ligada a los sentidos es esencialmente la devoción cordial, ya que el corazón es raíz y fondo englobante de los sentidos, el lugar del encuentro y compenetración de la sensibilidad y del espíritu, donde éstos se hacen uno. La piedad sensible bien entendida es

¹³¹ E. VON IVANKA, *Plato christianus*. (Einsiedeln 1964), 309 y 335, citado por J. RATZINGER, o.c., 142.

¹³² *Haurietis Aquas*, n. 18.

la devoción acorde con el lema del cardenal Newman: «Cor ad cor loquitur» (el corazón habla al corazón), sentencia que quizá viene a ser la síntesis más bella de lo que podemos llamar la piedad cordial como devoción centrada en el Corazón de Jesús.

Partiendo de la tradición del culto al Corazón de Jesús, la encíclica añade a estas reflexiones un abanico más amplio de motivaciones importantes. El corazón es expresión de las «passiones» del hombre, de la persona humana. Frente al ideal estoico de la apatía, frente al Dios aristotélico, está el corazón como resumen de las pasiones, sin las que es inconcebible la Pasión del Hijo. «...compartió nuestras pasiones» (san Justino, Apol. II, 13)¹³³.

Es claro que no podía darse la Pasión sin las «pasiones». El sufrimiento supone capacidad de sufrir; y la capacidad de sufrir, la sensibilidad, la afección, la emotividad, el sentimiento. Ver sufrir al Hijo es también «pasión» del Padre, y con ello compadece el Espíritu, que, según San Pablo, gime en nosotros y soporta en nosotros y por nosotros la «pasión» de la añoranza y de la expectación de la redención consumada (Rom 8, 26s).

«El Padre mismo no carece de sensibilidad (no es «impassibilis»). Cuando se le suplica, se compadece y siente el padecimiento, soporta, por así decirlo, por parte del amor y (por el amor) se transporta a lo que no puede ser atendiendo a su majestad»¹³⁴.

«Cuando oigas hablar de las pasiones de Dios, acuérdate siempre del amor»¹³⁵ (Orígenes, Espíritu e historia. La Exégesis de Orígenes).

Dios es un «paciente» porque es un amante, y la temática del Dios paciente requiere, para mantenerse sana, echar anclas en el amor de Dios y arraigarse en él por la oración.

¹³³ Haurietis Aquas, ib. 325 s. El texto citado es JUSTINO, Apol. II, 13 (PG 6, 465), citado por J. RATZINGER, o.c., 144.

¹³⁴ Orígenes, Ezech. h. 6, 6 (bachr. VIII, 384 s.)

¹³⁵ Citado por J. RATZINGER, o.c., 145.

Desde el punto de vista de la encíclica *Haurietis Aquas* las «pasiones» de Jesús, concentradas en su Corazón y sintéticamente representadas por el corazón, constituyen la razón y la justificación de que también en las relaciones del hombre con Dios debe entrar el corazón, es decir, la facultad del sentimiento, la emotividad del amor. Una devoción encarnada tiene que ser una devoción «apasionada», una piedad de corazón a corazón, como lo es precisamente la devoción pascual, puesto que el misterio de Pascua es por su esencia, como misterio de sufrimiento, un misterio del Corazón.

La evolución posconciliar confirma este punto de vista de la encíclica. Pero se encuentra con una racionalidad técnica que reprime lo emocional del hombre en lo irracional y acaba por hacer del cuerpo mero instrumento. Se observa cierto menosprecio de lo emotivo en la devoción, al que a veces ha seguido una ola de lo emocional pero sin orden ni concierto.

2.3) El corazón como órgano del amor en la antropología bíblica y patristica

De todo lo dicho se desprende que la devoción cristiana involucra los sentidos, que tienen su ordenación y unidad del corazón, e involucra también los sentimientos, que tienen su foco en el corazón.

Queda probado que una devoción centrada así en el corazón corresponde a la imagen cristiana de Dios, que tiene un Corazón. Queda probado que, en definitiva, este Corazón es la expresión y la exégesis del misterio pascual, donde se cifra la historia del amor de Dios al hombre.

Pero el término corazón tiene que tener una conexión en la Biblia y en la tradición.

En la mística medieval sirvió de pauta al desarrollo de la devoción al Corazón de Jesús el *Cantar de los Cantares*, prin-

principalmente la perícopa «Heriste mi corazón» (4,9), que cita la encíclica Haurietis Aquas: «Ponme como sello en tu corazón..., porque más fuerte es la dilección que la muerte» (8,6).

En el lenguaje apasionado de este canto de amor vieron los Padres de la Iglesia, los teólogos más insignes y los grandes orantes de la Edad Media el tema del amor de Dios a la Iglesia y a las almas y la respuesta correspondiente del hombre. Eran términos adecuados para integrar toda la pasión del amor humano en las relaciones del hombre con Dios; pero su fuerza fue desvaneciéndose a medida que disminuía la capacidad de vivirlos transcendentamente en el misterio.

Un texto donde el tema del corazón se abre de par en par y donde la autotranscendencia del A. T. en el Nuevo resulta tan manifiesta, que difícilmente puede escapársenos. Me refiero al capítulo 11 del libro de Oseas, que junto a 1 Cor 13 lo calificaba de «glorificación del amor».

En este capítulo de Oseas se nos describe el amor de Dios a Israel desde el alba de su historia. «Cuando Israel era joven, lo amé y llamé a mi hijo de Egipto». «Cuanto más los llamaba, más se apartaban de mi rostro, siguiendo sus caminos...». «Israel se aparta constantemente de su vocación, se pone de espaldas a la pascua salvadora, y «tiene que volver a Egipto» (Assur será su rey) (v 5). Israel será de nuevo el pueblo desterrado, sometido a servidumbre.

¿Qué hará Dios? «¿Cómo te abandonaré yo Efraín?... No desencadenaré mi ira, porque soy Dios y no un hombre, en medio tuyo soy Santo y no me gusta destruir» (v. 8 s).

H. Gross observa que en el A. T. se habla veintiséis veces del Corazón de Dios, considerándolo como el órgano de su voluntad, al que debe adecuarse el hombre. El dolor que siente el Corazón de Dios por los pecados del hombre es el motivo que le hace decretar el diluvio. Y, a la inversa, la mirada del Corazón de Dios a la flaqueza humana es el motivo de que nunca jamás en el futuro dictará tamaño decreto.

Este vuelco del amor divino consiste en que Dios mismo apura de su Hijo el cáliz del desheredamiento de Israel, pero

o ya sólo para Israel sino para todos los hombres. Desde Oseas 11 resulta ya la Pasión de Jesús el drama del Corazón divino: «Mi corazón se vuelca contra mí, mi compasión está en ascua viva».

El corazón traspasado del Crucificado es el cumplimiento literal de la profecía del Corazón de Dios, que revoluciona su justicia por la compasión y hace que precisamente así sea justa.

Y gracias a esta consonancia entre el A. T. y el N. T. llega a percibirse el mensaje bíblico del Corazón de Dios en toda su envergadura. Es el mensaje del Corazón del divino Redentor. Si la devoción al Corazón de Jesús tuvo sus inicios en el entorno de san Bernardo de Claraval, fue porque supieron leer ambos Testamentos en su unidad, viendo en el Cantar de los Cantares el epitalamio del amor de Cristo a su Iglesia.

Esta devoción es también hoy susceptible de nueva rai-gambre, si la enfocamos de nuevo desde el conjunto del testimonio bíblico y captamos así, y sólo así, «lo largo, lo ancho, lo alto y lo profundo», a cuyo conocimiento nos invita san Pablo (Ef 3,18)¹³⁶.

2.4) En los SS. Padres

Según A. Hamon, el primer milenio calla sobre el tema del «Corazón de Jesús». Al parecer, la frase se oye por primera vez en san Anselmo de Canterbury, pero sin un significado específico¹³⁷.

Al parecer Hugo Rahner ha incorporado a los Padres en la historia del culto al Corazón de Jesús, si bien persiste el problema de que los Padres no emplean en este contexto el término «corazón», como insinuamos más arriba.

¹³⁶ J. RATZINGER, o.c., 149-151.

¹³⁷ A. HAMON, «Coeur (Sacré) (Sagrado Corazón)» en Dic. de Spiritualité II, 1023-1046.

Aunque es cierto que la frase «Corazón de Jesús» no aparece en los Padres, encontramos en ellos, allende lo que dice Hugo Rahner, un fundamento importante de la devoción al Corazón de Jesús, un fundamento que podríamos calificar de teología y filosofía del corazón, que tiene tanta importancia en la mentalidad patristica, hasta el punto de que, por ejemplo, E. Maxsein ha dedicado toda una investigación a la *philosophia cordis* de san Agustín¹³⁸.

San Agustín había sido prevalentemente platónico en el dominio de los conceptos. Pero es cierto que en san Agustín penetra la corriente de la terminología y con ella la corriente de la teología y antropología bíblica, conjugándose con otra idea muy distinta del hombre. Lo cierto es que el problema de ambas antropologías se sintió con claridad. San Jerónimo llega a decir que el centro del hombre, según Platón y los platónicos, es el cerebro, y, según Cristo, el corazón.

Para los Padres significaba, frente a la herencia platónica y al legado bíblico, una amplia oportunidad de nueva síntesis, que con la máxima energía fue emprendida por Orígenes.

El término «corazón» viene a significar, «un estrato más hondo de la vida espiritual, donde se realiza un contacto inmediato con lo divino». Ahí, en el corazón, es donde nace el Logos divino en el hombre, donde se verifica la unión del hombre con el Logos de Dios, persona hecha hombre¹³⁹.

Orígenes se fija en Jn 1,26 (que trasmite de Juan Bautista) «en medio de vosotros está aquel a quien no conocéis». Orígenes dice que es el Logos, que, sin nosotros saberlo, está en medio de nosotros, porque el medio o centro del hombre es el corazón, en el corazón está la fuerza rectora de todo, que es el Logos.

E. von Ivanka ha mostrado cómo de esta secuencia de ideas de Orígenes brotó la corriente de devoción y pensamiento que produjo en Guillermo de Saint-Thierry y en las

¹³⁸ J. RATZINGER, o.c., 152.

¹³⁹ Ibid., 154.

monjas alemanas de la Edad Media un florecimiento del culto al Corazón de Jesús y, en general una mística que acentúa la primacía del corazón sobre la razón, del amor sobre el conocimiento. De aquí arranca el arco que llega al principio de Pascal: «Dieu sensible au coeur, non à la raison»... «Le coeur a ses raisons ne connaît pas»¹⁴⁰.

La consideración del corazón como lugar del encuentro salvífico con el Logos se fundamenta en la nueva síntesis del pensamiento patrístico, como la formula, por ejemplo, san Agustín a propósito de los Salmos: «Volvamos al corazón para encontrarle».

Seria un trabajo precioso mostrar cómo se dilata y profundiza desde este punto de vista la base antropológica de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

El Corazón traspasado de Jesús, en realidad, revoluciona, «vuelca», esta definición (Os 1 1,8). Este Corazón no es conservación propia, sino entrega de sí, donación. Salva al mundo abriéndose. El vuelco del Corazón abierto es el contenido del misterio pascual. El Corazón salva, pero salva dándose, brindándose.

El centro del cristianismo se nos presenta así en el Corazón de Jesús, donde se cifra toda la auténtica revolución, toda la novedad transformadora de que nos habla la Nueva Alianza. Este Corazón llama al corazón. Nos invita a renunciar a ese vano intento de autoconservación para encontrar en el amor mutuo, en la donación de nosotros mismos a El y con El, la plenitud de la caridad, que es la eternidad en sí y por sí y que sólo ella conserva al mundo¹⁴¹.

2.5) En el Catecismo de la Iglesia Católica (n.478)

Jesús, durante su vida, su agonía y su pasión, nos ha conocido y amado a todos y a cada uno de nosotros y se ha

¹⁴⁰ Ibid.

¹⁴¹ J. RATZINGER, «El misterio pascual, raíz y objeto más hondo de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús», o.c., 155.

entregado por cada uno de nosotros: «El Hijo de Dios me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Ga 2,20). Nos ha amado a todos con un corazón humano. Por esta razón, el Sagrado Corazón de Jesús, traspasado por nuestros pecados y por nuestra salvación (cf Jn 19,34), «es considerado como el principal indicador y símbolo... del amor con que el divino Redentor ama continuamente al eterno Padre y a todos los hombres» (Pío XII, enc. «Haurietis Aquas»: DS 3924; cf DS 3812).

CAPÍTULO V

DIMENSIÓN APOSTÓLICA DE LA REPARACIÓN

A) DEBER Y NECESIDAD

Con frecuencia, al hablar de apostolado, se falsea o se exagera su concepto. Se llega a creer con facilidad que se necesita una misión especial, una cultura extraordinaria, unas cualidades excepcionales para ser apóstol. Y esa mentalidad se produce por falta de ideas claras sobre el particular. Porque si así fuera, el hacer el bien a los demás no sería ni un deber común ni una necesidad universal.

El apostolado es un deber que alcanza a todos. Todo aquel que ama a Dios no puede desentenderse del amor al prójimo, ya que estos dos amores, que en el fondo se reducen a uno solo, llevan y arrastran a hacer el bien.

La Sagrada Escritura está llena de alusiones sobre este punto. Caín no tiene derecho a decir que no le importa la suerte de su hermano Abel.

Jesucristo nos enseña nuestro compromiso con los demás (parábola del buen samaritano). Él mismo da la vida por sus ovejas, sellando con su ejemplo sus enseñanzas.

Y al recordar el dogma del Cuerpo Místico, en virtud del cual todos estamos unidos por vínculo misterioso, pero real, de solidaridad, quedamos persuadidos que nadie tiene derecho a desentenderse de nadie que lo necesitare de cualquier manera¹⁴².

¹⁴² A. PELLÍN, Vida de reparación, o.c., 175-76.

«Y por esto Cristo Jesús pendiente de la cruz no sólo resarció a la justicia violada del Eterno Padre, sino que nos mereció además como a consanguíneos suyos una abundancia inefable de gracia. Y bien pudiera en verdad haberla repartido directamente por sí mismo al género humano, pero quiso hacerlo por medio de una Iglesia visible en que se reunieran los hombres para que por medio de ella todos se prestasen una cierta cooperación mutua en la distribución de los divinos frutos de la Redención. Porque así como el Verbo de Dios, para redimir a los hombres con sus dolores y tormentos, quiso valerse de nuestra naturaleza, de modo parecido en el decurso de los siglos se vale de su Iglesia para perpetuar la obra comenzada»¹⁴³.

Siempre fue necesaria la colaboración de todos en la construcción de la ciudad nueva; hoy día lo es mucho más.

Para nadie es un misterio que la sociedad está moralmente herida. El grado de religiosidad, el concepto hedonista de la inmoralidad de las costumbres privadas y públicas, la indiferencia, y la falta de religión en los acontecimientos del mundo..., el mal es muy grave. La mies es mucha, pero los operarios son pocos.

Se habla mucho del hambre en el mundo. Pero tal vez había que insistir aún más en el hambre espiritual de Dios. Porque Dios tiene sed espiritual de nuestras almas. Así lo proclamó desde lo alto de la cruz.

El alma reparadora, que sabe todo esto, ha de procurar dar contento al cielo y a la tierra. Paganos o hermanos separados, indiferentes, tibios, pecadores, equivocados, personas y grupos sociales, esperan su intervención y su mensaje.

¹⁴³ Mystici Corporis Christi, n. 9.

B) APOSTOLADO Y REPARACIÓN

En Cristo su reparación fue también afectiva, porque todas sus acciones no se referían a otra cosa ni tenían otro objeto final que nuestra reparación.

Por todas partes en su vida fue extinguiendo pecados, sembrando virtudes, repartiendo gracias, sacando pecadores del abismo y elevándolos a la admirable vida y luz de la gracia.

El alma reparadora, en la reparación afectiva, se dirige a Dios y a Jesucristo para destruir los tristes efectos del pecado ya cometido.

Aquí, en cambio, el alma se dirige al mismo pecador para impedirle sus ultrajes. Convertir al pecador de manera que él cumpla sus deberes es un remedio radical. «Rehacer» por completo la conciencia extraviada, «reconstruir» la vida sobrenatural de quien está espiritualmente muerto, es una reparación completa. Es una forma maravillosa de amor al prójimo y una consecuencia espontánea del amor de Dios.

Pío XI afirma con claridad la eficacia del apostolado en virtud de la reparación, al incluir en la fórmula del Acto de desagravios prescrito para todos los fieles, esta promesa: «hacer todos los esfuerzos para evitar nuevas ofensas y para atraer a vuestro dominio el mayor número de almas».

En las revelaciones de Paray-le-Monial, el Divino Maestro inculca a la santa el apostolado y de un modo especial el apostolado de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, premiándolo además con grandes favores.

La reparación efectiva se identifica por lo tanto con toda clase de apostolado.

C) LA ORACIÓN Y LA ACCIÓN SACRIFICADA

La oración tiene una eficacia sin medida. Basta recordar a Moisés consiguiendo victoria para su pueblo, a Teresa de

Ávila salvando infieles desde su monasterio. El sublime misterio de la Comunión de los santos enseña que el alma, en plegaria individual o pública, privada o litúrgica, tiene ante sí un basto campo en que desplegar su celo y su misión reparadora.

La oración es la gran palanca que puede mover espiritualmente al mundo y un elemento decisivo en la ascética y en la vida reparadora.

Pero no basta rezar. Si se quiere ganar para Dios al prójimo, hace falta, sobre todo, el testimonio de la fe; el buen ejemplo es decisivo para hacer triunfar el bien.

La gran mayoría de los que se alejan de Dios dicen hacerlo, para justificarse, porque no ven en los cristianos y hasta en las almas consagradas una vida consecuente con los principios. Por eso el alma reparadora ha de convertir su vida en una apologética viva de la fe y del amor que predica. «Que vean vuestras obras buenas y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos».

Y junto al apostolado del ejemplo, el de la palabra, aprovechando los medios que la Providencia pone a nuestro alcance para comunicar el mensaje vivo y pujante.

Los caminos de Dios en la evangelización y conquista de los pueblos no coinciden a menudo con los nuestros. Cuántos frutos de un apostolado fecundo se deben al sacrificio oculto de almas entregadas, que en el anonimato viven en Dios, por Dios y para Dios.

Abrazar el dolor que Dios da o abrazarlo espontáneamente con espíritu de amor y de reparación, es necesario para ser un auténtico apóstol.

La obra de la salvación del mundo se ha consumado en el Calvario y se está aún perpetuando en el santo sacrificio de la Misa, donde el fiel se ha de unir a la divina Víctima, participando de sus mismos sentimientos y de su misma vida.

La reparación de Cristo, bañada en sangre, quiere también sangre. El alma que no sabe sufrir por su hermano no sirve para ser reparadora.

Aunque la locura de la cruz siga escandalizando a muchos, permanece para el cristiano como el arma más poderosa y decisiva. Tarea sólo difícil cuando el amor está ausente del hombre. Es necesario que uno muera por los otros.

El apostolado es tan urgente en la sociedad que los Papas no se cansan de insistir en ello a través de sus Encíclicas.

El alma reparadora ha de incluir en su programa de acción la actividad, la entrega a este aspecto tan interesante y urgente de la reparación, reparación social, para que cuerpos y almas, en cristiana armonía, alaben al Señor en espíritu y en verdad.

Para el apostolado del alma reparadora no hay límites ni de modalidad ni de fronteras. Donde quiera que se ventilen intereses espirituales, allí tiene ella su puesto. No debe quedar tranquila e inactiva mientras disponga de fuerzas y el Señor la necesite.

Es pues necesario que haya en el mundo almas imbuidas de amor y de reparación. Que se favorezcan aquellas Asociaciones que ayuden, despierten y expliquen la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y la idea reparadora.

Si las almas reparadoras fueran legión, serían también legión los apóstoles de vida interior. Sembrar reparación equivale a sembrar ansias de apostolado.

«Mi Divino Maestro me ha dado a conocer que los que trabajan en la salvación de las almas lo harán con éxito y tendrán un arte especial para convertir los corazones mas endurecidos, si profesan tierna devoción a su Corazón Sagrado y si trabajan para inspirarla a los demás y establecerla en todas partes» (Vida y Obras de Sta. Margarita M^a., 497)¹⁴⁴.

¹⁴⁴ A. PELLÍN, Vida de reparación, e.e., 175s.

A MODO DE EPÍLOGO

EL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN

Todo cuanto hemos expuesto en esta Memoria académica parece confirmado y admirablemente resumido por el Papa actual Juan Pablo II en el discurso a los secretarios nacionales del Apostolado de la Oración en su V Congreso Nacional celebrado en Roma (8-14. Abril 1985):

«... Obra que desde hace más de un siglo ha prestado grandes servicios a la pastoral de la Iglesia como instrumento muy adecuado y eficaz.

... Quiere resaltar el valor apostólico de la oración en la Iglesia.

... Al inculcar la espiritualidad del «ofrecimiento» en unión con la oblación de Cristo en la Santa Misa, el A. O. está en la línea de la enseñanza conciliar que presentó el Sacrificio eucarístico como fuente, centro y cima de toda la vida cristiana (cf. Lumen Gentium, 11).

El A. O. se ha distinguido siempre por su voluntad de propagar la devoción y espiritualidad del Corazón del Redentor. En ello he seguido las enseñanzas y exhortaciones de mis venerados predecesores, como León XIII, que propuso la consagración del género humano al Sagrado Co-

*razón en su encíclica **Annum Sacrum**; Pío XI en la encíclica **Miserentissimus Redemptor**; y Pío XII, que escribió en la encíclica **Haurietis Aquas**: «El Corazón de Cristo es el corazón de una Persona divina, es decir, del Verbo encarnado... Y aquí está la razón de por qué el culto al Corazón Sacratísimo de Jesús se debe tener en tanta estima que se considere la profesión más completa de la religión cristiana».*

*... Deseo recordar también a mi gran predecesor Pablo VI, que insistió sobre la centralidad de la devoción al Corazón de Jesús en la Carta Apostólica **Investigabiles divitias**: «... Es un culto que consiste esencialmente en **adorar y reparar** debidamente a Cristo Señor, y se basa sobre todo en el augusto misterio de la Eucaristía».*

Y sigue Juan Pablo II:

«... El A. O. puede dar una aportación valiosa y concreta a la difusión en todos los niveles de la afirmación grande y consoladora de que cada cristiano puede estar unido íntimamente a Cristo Redentor por medio del ofrecimiento de su vida al Corazón de Cristo.

... Confío hoy de nuevo esta tarea al celo del Preósito General (de la Compañía de Jesús) y le recomiendo que, dentro de la fidelidad al espíritu de la Asociación, busque los caminos más eficaces según las exigencias del momento actual para extender entre todos los fieles esta conciencia de colaborar con Cristo Redentor a través del ofreci-

miento de la propia vida unida al Corazón de Cristo y vivida con Él como consagración total a su amor y en reparación de los pecados del mundo, por medio del Corazón Inmaculado de María Santísima, Corazón que se encuentra espiritualmente en el Corazón del Hijo, abierto por la lanza del soldado»¹⁴⁵.

Y al año siguiente, 1986, celebrando en Paray-le-Monial el III Centenario de una de las Apariciones a Santa Margarita María, entrega el Papa una carta al P. General de los Jesuitas, donde dice:

«Junto al Corazón de Cristo aprende el corazón del hombre a conocer el verdadero y único sentido de su vida y su destino, a comprender el valor de una vida auténticamente cristiana, a guardarse de ciertas perversiones del corazón humano, a unir el amor filial a Dios con el amor al prójimo.

Así —y ésta es la verdadera reparación pedida por el Corazón del Salvador— sobre las ruinas acumuladas por el odio y la violencia, se podrá construir la tan deseada civilización del amor, el reino del Corazón de Cristo»¹⁴⁶.

Y el P. General comenta, al clausurar el 150º Aniversario del A.O. en Valladolid:

«Y es aquí, en esta necesidad de conversión de

¹⁴⁵ Juan Pablo II al Congreso Mundial de secretarios nacionales del A. O., 13-IV-1985 («L'Osservatore Romano», 5 de Mayo, 1985).

¹⁴⁶ Carta de Juan Pablo II al P. Kolvenbach, Prepósito General de la Compañía de Jesús y Director general del A.O. (5.10.1986) («L'Osservatore Romano» 19.10.86)

las actitudes espirituales (porque la vida del espíritu es inseparable de las relaciones sociales), donde tiene lugar la espiritualidad y la práctica del A.O. 'En este tiempo de odio y de violencia, de injusticia y de discriminación, la reparación debida al Señor no es auténtica si no integra el sentido del pobre, la promoción de la justicia, el amor hacia el más pequeño, el respeto a la vida' (Misión Agradable).

La pasión del Corazón de Cristo por los más débiles y marginados es central al cristianismo».¹⁴⁷

Los más débiles y marginados..., pero desde «la pasión del Corazón de Cristo». «Así» (nos decía el Papa) «... junto al Corazón de Cristo».

Y es que solamente en la perspectiva del Amor; consagrados a dar respuesta a un Amor incomprendido, cobra sentido reparador todo lo que hagamos por un mundo nuevo.

«Esta es la verdadera reparación (señala el P. Kolvenbach): una participación activa en la obra de la redención, en el agua viva y en la sangre derramada que no cesan de brotar del Corazón atravesado de Jesús»¹⁴⁸.

¹⁴⁷ Conferencia del P. Kolvenbach en Valladolid el 9 de Set. de 1995. («Oración y Servicio» Enero-Marzo 1.996, p.14. Dir. General del A.O. Roma).

¹⁴⁸ Homilía en Paray-le-Monial el 2-7-1988.

BIBLIOGRAFÍA

(Reseñamos únicamente la bibliografía fundamental y asequible).

A) FUENTES

HAURIETIS AQUAS, (Pío XII, 15-V-1956) AAS, 48 (1956) 308-353 (Trad. «El Mensajero», Bilbao 1956).

MISERENTISSIMUS REDEMPTOR (Pío XI, 8-V-1928) AAS, 20 (1928) 165-179 (Trad. «El Mensajero», Bilbao 1947).

MYSTICI CORPORIS (Pío XII, 30-VI-1943) AAS, 35 (1943) 199-225 (Trad. «Sígueme», Salamanca 1962).

B) COMENTARIOS Y TRATADOS GENERALES

COR CHRISTI. Historia-Teología-Espiritualidad y Pastoral. Instituto Internacional del Corazón de Jesús, Bogotá 1980.

Diccionario de Espiritualidad III, Herder, Barcelona 1984.

H. MARÍN, *El Sagrado Corazón de Jesús. Documentos Pontificios*. (Zaragoza 1961).

URRUTIA, J. L., *Espiritualidad del Corazón de Jesús, hoy*. (Madrid 1986).

C) TRATADOS ESPECIALES

APARICIO PELLÍN, *Vida de reparación* (Madrid 1966) .

BOVER, J., *El Corazón de Jesús en el Nuevo Testamento*, en «Razón y Fe», 48 (1917), 141-155.

CALVERAS, J., *Los elementos de la devoción al Corazón de Jesús* (Barcelona 1958).

CRIADOR, R., *Los Símbolos del Amor divino en el Antiguo Testamento en Cor Iesu, I* (411-460).

DALMAU, J. M., *El culto del Sagrado Corazón y el dogma y culto a la Santísima Trinidad*, «Estudios Eclesiásticos», 37 (1962) 5-14.

EGUREN, J. A., *Permaneced en mi amor*, Edapor, Madrid 1987.

HERRAIZ, M., *San Juan de la Cruz. Obras completas*, Sígueme, Salamanca 1991.

IGARTUA, J. M., *Vivir con la Iglesia*, (Bilbao 1961).

MENDIZÁBAL, L., *In Corde Jesu*, (Bilbao 1965).

RATZINGER, J., *Confirmación y desarrollo del culto al Corazón de Cristo*, I.I.C.J., Madrid 1982.

SÁENZ DE TEJADA, J. M., *Bibliografía de la devoción al Corazón de Jesús*. (Bilbao 1952) (Recoge 1 250 títulos).

SEGARRA, F., *Consolar a Cristo* (Madrid 1970).

SOLANO, J., *Desarrollo histórico de la Reparación* (Roma 1980).

SOLANO, J., *Síntesis de lo que es la devoción al Sagrado Corazón de Jesús* (Madrid 1966) .

SOLANO, J., *Teología y vivencia del culto al Corazón de Cristo* (Madrid 1979):

CAPÍTULO I: NATURALEZA Y FUNDAMENTO DE LA REPARACIÓN	1
1.- El lenguaje humano en la teología	1
2.- El problema terminológico de la reparación	2
CAPÍTULO II: PROCESO DE LA REPARACIÓN	10
1.- La reparación teocéntrica y reparadora	10
2.- La reparación antropocéntrica y reparadora	11
3.- La reparación del hombre	12
4.- La teología de la reparación	13
5.- La dogmática de la reparación	14
6.- La reparación en su cuerpo	15
7.- La reparación en su alma	16
8.- La reparación en su vida	17
CAPÍTULO III: DEVOCIÓN AL CORAZÓN DE CRISTO Y LA DEVOCIÓN AL CORAZÓN DE MARÍA	18
1.- La devoción al Corazón de Cristo	18
2.- La devoción al Corazón de María	19
3.- La devoción al Corazón de Jesús	20
4.- La devoción al Corazón de María	21
5.- La devoción al Corazón de Jesús y María	22
6.- La devoción al Corazón de Jesús y María	23
7.- La devoción al Corazón de Jesús y María	24
8.- La devoción al Corazón de Jesús y María	25
9.- La devoción al Corazón de Jesús y María	26
10.- La devoción al Corazón de Jesús y María	27
11.- La devoción al Corazón de Jesús y María	28
12.- La devoción al Corazón de Jesús y María	29
13.- La devoción al Corazón de Jesús y María	30
14.- La devoción al Corazón de Jesús y María	31
15.- La devoción al Corazón de Jesús y María	32
16.- La devoción al Corazón de Jesús y María	33
17.- La devoción al Corazón de Jesús y María	34
18.- La devoción al Corazón de Jesús y María	35
19.- La devoción al Corazón de Jesús y María	36
20.- La devoción al Corazón de Jesús y María	37
21.- La devoción al Corazón de Jesús y María	38
22.- La devoción al Corazón de Jesús y María	39
23.- La devoción al Corazón de Jesús y María	40
24.- La devoción al Corazón de Jesús y María	41
25.- La devoción al Corazón de Jesús y María	42
26.- La devoción al Corazón de Jesús y María	43
27.- La devoción al Corazón de Jesús y María	44
28.- La devoción al Corazón de Jesús y María	45
29.- La devoción al Corazón de Jesús y María	46
30.- La devoción al Corazón de Jesús y María	47
31.- La devoción al Corazón de Jesús y María	48
32.- La devoción al Corazón de Jesús y María	49
33.- La devoción al Corazón de Jesús y María	50
34.- La devoción al Corazón de Jesús y María	51
35.- La devoción al Corazón de Jesús y María	52
36.- La devoción al Corazón de Jesús y María	53
37.- La devoción al Corazón de Jesús y María	54
38.- La devoción al Corazón de Jesús y María	55
39.- La devoción al Corazón de Jesús y María	56
40.- La devoción al Corazón de Jesús y María	57
41.- La devoción al Corazón de Jesús y María	58
42.- La devoción al Corazón de Jesús y María	59
43.- La devoción al Corazón de Jesús y María	60
44.- La devoción al Corazón de Jesús y María	61
45.- La devoción al Corazón de Jesús y María	62
46.- La devoción al Corazón de Jesús y María	63
47.- La devoción al Corazón de Jesús y María	64
48.- La devoción al Corazón de Jesús y María	65
49.- La devoción al Corazón de Jesús y María	66
50.- La devoción al Corazón de Jesús y María	67
51.- La devoción al Corazón de Jesús y María	68
52.- La devoción al Corazón de Jesús y María	69
53.- La devoción al Corazón de Jesús y María	70
54.- La devoción al Corazón de Jesús y María	71
55.- La devoción al Corazón de Jesús y María	72
56.- La devoción al Corazón de Jesús y María	73
57.- La devoción al Corazón de Jesús y María	74
58.- La devoción al Corazón de Jesús y María	75
59.- La devoción al Corazón de Jesús y María	76
60.- La devoción al Corazón de Jesús y María	77
61.- La devoción al Corazón de Jesús y María	78
62.- La devoción al Corazón de Jesús y María	79
63.- La devoción al Corazón de Jesús y María	80
64.- La devoción al Corazón de Jesús y María	81
65.- La devoción al Corazón de Jesús y María	82
66.- La devoción al Corazón de Jesús y María	83
67.- La devoción al Corazón de Jesús y María	84
68.- La devoción al Corazón de Jesús y María	85
69.- La devoción al Corazón de Jesús y María	86
70.- La devoción al Corazón de Jesús y María	87
71.- La devoción al Corazón de Jesús y María	88
72.- La devoción al Corazón de Jesús y María	89
73.- La devoción al Corazón de Jesús y María	90
74.- La devoción al Corazón de Jesús y María	91
75.- La devoción al Corazón de Jesús y María	92
76.- La devoción al Corazón de Jesús y María	93
77.- La devoción al Corazón de Jesús y María	94
78.- La devoción al Corazón de Jesús y María	95
79.- La devoción al Corazón de Jesús y María	96
80.- La devoción al Corazón de Jesús y María	97
81.- La devoción al Corazón de Jesús y María	98
82.- La devoción al Corazón de Jesús y María	99
83.- La devoción al Corazón de Jesús y María	100

ÍNDICE

PRESENTACIÓN.	7
CAPÍTULO I: NATURALEZA DE LA REPARACIÓN.	9
a) El lenguaje humano cristiano	9
b) El problema terminológico de la «reparación»	10
CAPÍTULO II: PROCESO HISTÓRICO DE LA REPARACIÓN.	15
CAPÍTULO III: TEOLOGÍA Y ESPIRITUALIDAD DE LA REPARACIÓN.	29
a) Reparación teocéntrica y reparación cristocéntrica	29
b) Cristo y la reparación	30
c) La reparación del hombre	32
d) Psicología de la reparación	35
e) Aspecto dogmático de la reparación	37
f) Cristo padece en su Cuerpo Místico	39
g) Conclusión	43
CAPÍTULO IV: LA DEVOCIÓN AL CORAZÓN DE CRISTO Y LA REPARACIÓN.	51
I- Introducción	51
II- El corazón en la Biblia: centro de la persona humana.	60
III- Los SS. Padres: el corazón en la patrística.	62
IV- Crisis de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. ..	71
1. La crisis y su recuperación	71

2. Elementos para una fundamentación renovada de la devoción al Corazón de Jesús según la Encíclica «Haurietis Aquas»	75
2.1 La Teología de la Encarnación.	76
2.2 La función de los sentidos y del sentimiento en la devoción	78
2.3 El corazón como órgano del amor en la antropología bíblica y patristica	81
2.4 En los SS. Padres	83
2.5 En el Catecismo de la Iglesia Católica	86
CAPÍTULO V: DIMENSIÓN APOSTÓLICA DE LA REPARACIÓN.	87
a) Deber y necesidad	87
b) Apostolado y reparación	89
c) La oración y la acción sacrificada	89
A MODO DE EPÍLOGO.	93
El Apostolado de la Oración	93
BIBLIOGRAFÍA.	97
ÍNDICE	101